

ABRAXAS II

POR ZAHORÍ BALMACEDA



Miguel O'Brego
Samuel Wandersleben
Valeria Lara A.

Noelia Araya Yueng
M. Y. Rogers
Natalia P. Órdenes



Publicado por

ABRAXAS por Zahorí Balmaceda

Edición y corrección de texto

Zahorí Balmaceda

Diseño de portada

Alexis Collao

Ilustraciones interiores

Riiyuu Art

Diagramación

Zahorí Balmaceda

Primera edición

Octubre 2024

El presente documento tiene la autorización de ser difundido de forma gratuita exclusivamente a través de medios digitales. Cualquier forma de reproducción y distribución física debe ser autorizada por sus titulares.

ABRAXAS

POR ZAHORÍ BALMACEDA

II

ÍNDICE DE RELATOS

A SALVO
NOELIA ARAYA YUENG
PÁG. 7

EL SUEÑO DE LOS CUERVOS
MIGUEL O'BREGO
PÁG. 31

AMINTA YARA
VALERIA LARA A.
PÁG. 50

APETITO DESTRUCTIVO
SAMUEL WANDERSLEBEN
PÁG. 78

EL VÁSTAGO DE CAI CAI
NATALIA P. ÓRDENES
PÁG. 105

LA LLAVE
M. Y. ROGERS
PÁG. 137

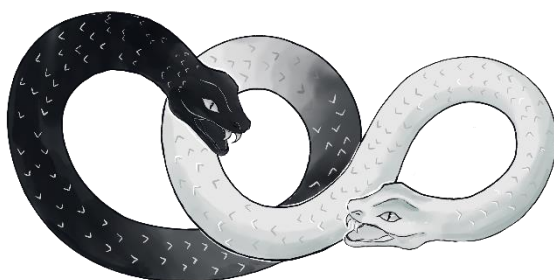
NOTA DE LA ANTOLOGADORA

Cuando inicié esta saga, una parte de mí dudaba que llegásemos a una segunda entrega. Coordinar este proyecto requiere mucha planificación, paciencia y una incommensurable voluntad para alcanzar el objetivo y no sabía si era capaz de repetir el proceso.

*El plan inicial era, al igual que en la entrega anterior, ofrecer a los lectores una diversidad de géneros basándome en los trabajos anteriores de los autores invitados. Fue una verdadera sorpresa encontrar en los siguientes relatos una evidente inclinación hacia terror, razón principal por la cual celebramos el nacimiento de **ABRAXAS II** en víspera de Noche de Brujas.*

Esperamos, queridos lectores, que disfruten del trabajo que durante meses estos autores y yo estuvimos preparando para ustedes y que esta obra obtenga un lugar especial en sus bibliotecas digitales.

Con amor, Zaho.





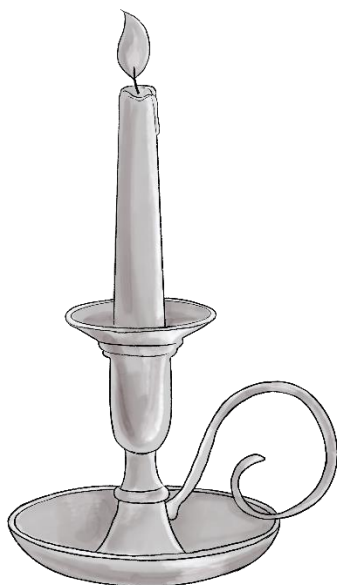
Las personas somos vagamente susceptibles a presencias que nos acompañan todo el tiempo, aquellos secretos del mundo cuya naturaleza aún nos resulta desconocida.



Si nunca han visto o tocado un fantasma, raramente comprender la fascinación de la existencia de aquellos que alguna vez habitaron carne y huesos. Los seres más silenciosos que, solo recordándonos que están ahí, observando, son capaces de obsequiarnos pesadillas, miedo y, ante todo, asombro.



A salvo de Noelia Araya Yueng nos da la bienvenida a una breve lista de relatos enmarcados en las diversas gamas de lo que consideramos “terror” o “suspense”.



A SALVO

Noelia Araya Yueng



NOELIA ARAYA YUENG

Nacida en Calama, ciudad perteneciente a la segunda región de Chile, Noelia ama escribir, las películas de Tim Burton y todo ese mundo fantástico y gótico en donde puede llegar a crear una increíble historia.

Se pueden encontrar algunas de sus historias en su Wattpad @narayayueng_95, lugar en donde ha dado conocer alguna de las obras de su tan creativa mente. Le encanta imaginar millones de universos en su mente, como también dibujar en sus miles de cuadernos de bocetos.

A SALVO

Frío. Lluvia. Edimburgo se sumía por completo en la oscuridad, en el hecho de que el sol se escondería nuevamente por un largo periodo de tiempo. La ciudad que una vez amé ahora parecía estar sumida en sombras, en recuerdos que solo quebrantaban por completo mi corazón.

Recuerdos, siempre recuerdos, siempre enfocados a una sola cosa. Muerte.

Todo volvía a ese clima tenue en donde tan solo podía cruzarme de brazos o quizás también, podía seguir sosteniendo aquel paraguas de forma completamente temblorosa mientras aún aquel hombre de iglesia seguía repitiendo el mismo discurso una y otra vez. Solo debíamos esperar. Esperar a que el clima mejorara, esperar a que todos se fueran de ese cementerio para poder dejar una sola rosa blanca sobre la tumba de mi padre, esperar a que su abogado y supuesto “fiel amigo” diera sentencia de su testamento, esperar a ver quién sería el primero en arrasar con todos los bienes, esperar a que la tormenta se apaciguara. Esperar, era todo lo que nos quedaba. El tiempo era cruel al igual que las circunstancias.

Durante mucho tiempo, habíamos evitado que la muerte llegase a la puerta de nuestro hogar. Nos escondíamos de ella, nos manteníamos completamente alejados de su regazo. Pero venía lentamente, introduciéndose entre las sombras, entre millones de susurros. Después del brutal fallecimiento de mi madre, del de mi hermano mayor y luego del de mi primogénito, creímos que se detendría, que se marcharía siguiendo su largo camino. Pero había vuelto, estaba allí con nosotros. Esperando silenciosamente a ver quién era el siguiente en la lista.

Pues bien, mi padre había muerto. Esa era la mejor forma para decir que la locura se lo llevó consigo hacía tan solo un mes y ya no había más que discutir. Su mente lo hizo divagar una y mil veces. Decía ver sombras, monstruos que le perseguían por las noches. Espectros del pasado, uno en donde quería borrar todo registro de que alguna vez, fue parte de este. Solía despertarse gritando, pataleando como un pequeño infante, buscando el consuelo de una madre.

Desde su muerte todo se fue volviendo más oscuro y silencioso, donde ya no me rodeaban sus brazos, sino los de algo que solo causaba en mí cientos de escalofríos que se acumulaban sobre mi espalda. Creí en un principio, que tan solo se trataba del clima cruel de Edimburgo, de las ráfagas de viento o de las manos de mi esposo quien trataba insistentemente de reconfortarme de alguna forma u otra. Romántica y sexualmente.

Pero, se trataba de algo más, algo que me hacía querer voltear una y otra vez, como si fuese perseguida por una sombra, la de mi padre posiblemente.

Sé que estaba allí, detrás de mí, dejando su mano fría sobre mi hombro.

Lo cierto es que él, mi ahora difunto padre, siempre fue una figura de respeto y también admiración. Escribía los más hermosos cuentos que luego con el tiempo, se transformaron en súbitas pesadillas. Su escritura cambió. Después de un tiempo, aquellos seres fantásticos de tan exquisitas obras de arte donde albergaba luz y belleza, se convertían rápidamente en monstruos debajo de mi cama. Tenían aspectos terroríficos. Debía cerrar los ojos una y otra vez, ocultándome entre las sábanas blancas esperando ansiosamente poder perderme en ellas en un profundo y tranquilo sueño.

Aún en mi adultez, dormía con las velas encendidas. Abrazándome a mi esposo, esperando encontrar un cúmulo de protecciones. Temía también estar perdiendo la cordura, esperaba que aquello no fuese algún tipo de herencia, una maligna que se traspasaba de una generación a otra.

Mi padre solía decir cuando yo era pequeña que aquellos monstruos, eran amigos, que todos ellos tan solo velaban por mi protección. Pero, se había equivocado. Lo habían matado a él y ahora, posiblemente yo era la siguiente en ser señalada.

No debía tener miedo. Seguía creyendo en Dios a pesar de todo, a pesar de las pérdidas, a pesar de los monstruos. Pero, en consecuencia a los acontecimientos dados, había preferido guardar distancias de las enseñanzas divinas. Siento tristemente que me han abandonado, siento que, por más oraciones que hubiera rezado, la oscuridad se mantenía adherida a mí, sosteniéndose todavía de mi vestido oscuro.

Cuando estimé que era el momento indicado para dejar una sola rosa sobre aquella tumba, la mayoría de los asistentes ya se habían ido. Amigos y desconocidos. Todos a excepción de uno. Su rostro estaba cubierto por una tela blanca. Sus ropajes eran andrajosos, casi sumidos por los años y el polvo. Parecía ser, una especie de hombre o al menos eso quería creer mientras le veía allí detenido, muy cercano a la tumba de mi padre.

Estaba de pie, quieto como una estatua, un objeto más entre todas esas figuras de rostros tristes sumidos en la tristeza y todos los años acumulados. No decía nada, no mostraba alguna señal de respeto como los demás asistentes a tan cruel acontecimiento.

Me quedé allí, quieta, sintiendo mi corazón completamente acelerado. Aún en ello, fui capaz de ponerme de pie, de tenerle frente a frente, cerca de mí al punto de casi rozar mi cuerpo, mis manos.

Sin darme cuenta, mi esposo había tomado mis brazos encaminándome hacia la salida. Tuve que voltear, viendo

a esa persona aún allí, tan solo posando sin decir al menos una sola palabra.

—Tranquila, estás a salvo —dijo mi esposo, tomando mi mano, besándola con suma delicadeza.

Su presencia era reconfortante, un alivio en aquellos días sumidos en una letal oscuridad.

Debíamos partir hacia la vieja mansión familiar. Apartados de todos, sumergidos en el luto, en la tristeza misma de la pérdida de un ser querido.

El hecho de dejar atrás a tantos seres queridos me sumergía en una súbita tristeza. Habían sido pérdidas importantes y rápidas en cuestión de tiempo.

—Todo mejorará —dijo mi esposo sin dejar de tomar mi mano. La suya, cálida, suave. La mía, fría como un cadáver, como el mismo clima que nos cobijaba.

—Eso espero... —fue lo único que pude susurrar.

No deseaba entablar conversación alguna, no sabiendo que lo único que se mencionaría eran las muertes pasadas. Un tema poco agradable e innecesario sabiendo el dolor que este causaba en mi maltrecho corazón.

El viaje transcurría en silencio, los dos en aquel carruaje llevado por cuatro flamantes caballos negros. El clima no mejoraba, haciendo que toda la ciudad se sumiera en la oscuridad, en un ambiente detestable donde tan solo esperaba ver un hermoso cielo azul. Pero la noche nos rodeaba rápidamente en conjunto con cientos de suspiros entrecortados.

Al llegar a la gran mansión —que ahora sabía con absoluta certeza que sería mi herencia—, las rosas blancas rápidamente se convirtieron en negras y la música alegre se transformaba en luto. Todo era silencioso.

Los monstruos rondaban dentro de casa. Lo sabía y de alguna manera, querían que me uniera a ellos, a ese velo tambaleante, a los brazos del descenso eterno.

“Déjenla dormir”, decía mi esposo. Y luego él añadía; “Todo cambiará con la lectura del testamento”.

Todos estaban interesados en el testamento. Los hermanos de mi padre, los primos, los leales socios, los mismos sirvientes. Ni siquiera sabíamos con suma certeza que él, mi querido padre y protector, nos dejaría algo para solventarnos. O quizás, sí había dejado algo, algo importante.

Sus monstruos.

Y luego me fui a descansar a mis aposentos. Necesitaba un minuto de paz, al menos para respirar calmadamente y no sentir cada latido de mi corazón más desesperante que el anterior.

Había cerrado ya los ojos.

Y en consecuencia, volvía al mismo lugar, a ese cementerio, a ver a la misma persona con el velo sobre su cabeza, susurrando, tan solo susurrando. Después negando con su cabeza. Todo a nuestro alrededor se mantenía todavía quieto, silencioso como siempre, pero yo estoy allí intentando tocarle.

Sin embargo, se aparta. Aún sé que puedo acercarme, que ese es otro de mis sueños. Estaba completamente segura de ello, de saber que lo que mis ojos estaban presenciando, era solo un producto de mi confundida mente, una en donde quería seguir teniendo el poder de controlar cada evento, cada circunstancia. Pero en el instante siguiente, cuando me le acerco, mis manos quedan completamente vacías.

“Estás a salvo, a salvo, a salvo”, son las palabras que se repiten en mi cabeza una y otra vez, palabras dichas por mi amado mientras me abraza fuertemente. Me escondó, poniendo mi cabeza sobre su pecho como si fuese una pequeña infante.

Soy despertada, por tercera, cuarta y quinta vez consecutiva, nuevamente con suma brusquedad. Tratan de calmarme, de darme algunas tabletas y un poco de agua fresca.

Me sigo llevando ambas manos sobre mi frente, mientras esta no deja de sudar. Un momento después, mi nariz no deja de sangrar, al igual que mis manos. Siento que me debilito, que mi voz es arrancada de mi garganta una vez más.

Pero quiero creer que solo son los vestigios del luto, de que necesitaba apaciguar los fantasmas, los supuestos monstruos de mi padre. Tenía que acallarlos, necesitaba poder acallarlos. Eran varios, se acumulaban a mi alrededor.

dor, impidiéndome escapar. Veo sus rostros, sus ojos acusadores.

Vuelvo a sumergirme en un muy profundo sueño. Pero despierto rápidamente, dando un brinco. Espero que eso no disguste a mi amado.

Mi esposo no estaba a mi lado como cada noche, haciendo que me levante de mi cama y le busque entre los pasillos, sosteniendo aquella vela, susurrando su nombre para luego gritarlo. Fue una larga espera antes de una respuesta.

Sigo avanzando, llegando hasta el jardín donde el viento parece ser agresivo ante mi presencia. La luz tenue de aquella vela se extingue inmediatamente. Avanzo con lentitud. Apenas se puede ver esa gran luna sobre el cielo, alumbrando escasamente un rostro. El mismo rostro. Su velo sigue siendo blanco haciendo un delicado movimiento, como una especie de danza.

Al encontrarnos, internamente le pido que no se vaya. Me acerco lentamente. “Estás a salvo, a salvo”, pienso en esas palabras, pienso en que es otro sueño. Mi corazón late fuertemente, mientras mi mano segura se mueve hacia su rostro. Pero, él me detiene. Sujetándome de las muñecas, lo hace fuertemente, casi apretando el hueso. Con ello, trato de llamar a mi esposo. Grito su nombre insistentemente de forma desesperada pero esta presencia solo niega con la cabeza.

Le pido con una sola mirada, una súplica, una sola intención para que me suelte y me deje tranquila.

Lo hace finalmente, haciendo que busque aquella necesidad de volver a respirar. Él tan solo me observa, como un buen espectador. No dice nada, no pregunta nada. Se queda quieto, como una inmóvil criatura, una estatua que parece haber cobrado vida propia en tan solo una noche.

— ¿Me dejarías...? ¿Me dejarías ver tu rostro? — pregunté inquietamente.

No respondía. No hacía ningún tipo de movimiento.

— ¡Por favor! — grité.

Un par de lágrimas, rozaron mis labios temblorosos.

Se llevó las manos hacia aquella tela, tirando de esta suavemente. De forma instintiva, aquello me llevó a emitir un potente grito, uno que podía oírse hasta en el último rincón de la ciudad.

Alumbré su rostro mientras escuchaba una voz.

Creí entonces encontrar un rostro andrajoso, uno terrorífico que me hiciera paralizar cada parte visible de mi delgado cuerpo. Pero este era hermoso. Sus ojos, fue lo primero que capturaron mi atención. Eran negros y en ellos podía verme perfectamente reflejada. Su cabello rubio como el trigo, como los rayos del sol de la primera primavera y su rostro el de la nieve fría rozando mis dedos en una mañana invernal.

Cuando terminé de examinarle por completo, quise tocarle. Por un momento creí que despertaría, que nue-

vamente estaría en mi cama con mi esposo a mi lado. Pero, mis manos rozaron aquel rostro de marfil, frío. Enseguida me acostumbre a aquel roce de mis dedos tocando su mejilla, su frente, sus labios.

De pronto, él contuvo el aliento. Se percibía un cambio en la forma en la que me miraba, en la que trataba quizás de hablarme. El ruido de una voz lejana había cesado. Pero, aquel que tenía en frente de mí se veía completamente inquieto, como si algo o alguien nos estuviese interrumpiendo.

Aquel me seguía viendo. Tuve que acercarme un poco más, como si algo me empujase. Su aliento era una fragancia agradable. Emanaba un olor a canela, a las rosas frescas del jardín, a tierra húmeda.

Encontré mi salvación en sus labios, en como acariciaba suavemente mi cabellera oscura. Me llevó un par de minutos procesar que aquello, podía ser una traición. La clara prueba de una infidelidad.

Jamás me atreví a hacerle infiel a mi esposo. Hasta esa noche.

Pero, solo era un beso, uno largo.

A la mañana siguiente, estaba devuelta en mi habitación. Había sido eso, otro sueño sin significado alguno.

Me levanté y me dirigí hacia el baño, lavándome el rostro con abundante agua fresca. Fijé tan solo una sola mirada en el espejo, tocando mis labios. Aún pensaba en ese beso, aún seguía recordándolo como una cicatriz im-

borrable. Sin embargo, no se sentía como una sensación desagradable, sino completamente liberadora.

Sabía que debía arrepentirme luego. Explicarle a mi esposo por qué había salido de noche hacia el jardín al encuentro de un completo desconocido.

Pero solo había sido una noche, una que no debía volver a repetirse.

Salí de mis aposentos, recorriendo los pasillos, las habitaciones que todavía permanecían completamente cerradas. No había nadie. Nada se escuchaba.

Nada.

Por alrededor de una hora o dos, busqué a mi marido una y otra vez, dando vueltas por la cocina, por el baño, por la biblioteca y por esas habitaciones de huéspedes tanto en el primero como en el segundo piso de aquella vieja propiedad. Era extraño que nadie estuviese en esa casa. Ni las sirvientas, se encontraban presentes, aquellas quisquillosas mujeres que tan solo se alimentaban de los chismes, de cada uno de los rumores que parecían formar parte de las paredes de la casa.

Mis nervios estaban por completo desquiciados.

Me enfurecí. No podían dejarme allí, abandonada a mi suerte.

— ¡Es ella! ¡Es mi esposa! — gritó una voz, era la de mi marido.

Al escucharlo, tuve que correr. Primero por todo el primer piso, luego, subiendo las escaleras, examinándolo

todo. Pero aquella voz, la voz de mi esposo, me había guiado hacia el jardín, recordando sus propias palabras “Estás a salvo, a salvo”. Fui descalza hasta él, corriendo hasta que mis pies dolieran. Afuera, el viento rugía y aullaba más fuerte que nunca. La lluvia empapó mi rostro en tan solo un instante y formó grandes charcos bajo mis pies.

Era increíble. Parecía, que todo el mundo estaba allí, todos en Edimburgo estaban cerca de la hierba silvestre y de todas esas flores recién plantadas. Todos y cada uno tenían un interés especial en ese lugar, especialmente ahora.

La gente y los empleados no solían prestarle atención al jardín. Era un gran atractivo, uno hermoso. Pero a nadie parecía importarle las ramas estropeadas o las flores que empezaban a marchitarse rápidamente.

Sin embargo, en cuanto vi a mi esposo, mi amado y querido esposo, todo fue diferente, incluyendo aquel jardín. Sentí un temblor en mis piernas, impidiéndome dar los pasos suficientes o al menos echarme a correr hacia la casa.

Instintivamente me llevo ambas manos a la boca. Pero todavía tenía que tocar a mi esposo. Él ignoraba mi presencia. Clavaba la vista en las rosas, a lo que estaba allí entre ellas.

Soltó un quejido, apretando sus nudillos.

—Debemos llevárnosla —dijo un hombre.

¿A quién se llevarían? ¿Qué había pasado?

Mi esposo no estaba escuchándome, por más que tomase su mano, por más que le pidiese que al menos tuviera la capacidad suficiente para mirarme. No estaba prestándome atención, no atendía a ninguna de mis necesidades. Se le veía completamente paralizado.

Todo esto me dejaba con una gran interrogante y con la necesidad repentina de querer mirar lo que mi esposo observaba con tanto dolor. Tenía que hacerlo, para que al menos él me diera una explicación de tanta expectación en nuestra propia casa.

Al mirar por primera vez, retrocedí tan repentinamente que caí sobre el pasto húmedo, tocando aquella vela aún caliente. Una palidez completamente mortal se dejó caer sobre mi rostro. Mis rodillas titubearon, mi cuello sudaba por completo al igual que mis manos al tomar aquel simple objeto.

“Estás a salvo, a salvo, a salvo”, no podía dejar de repetir esas palabras, mientras temblaba. Entonces me recompuse y tras una pequeña pausa de apenas escasos segundos, avancé rápidamente, llevando aquella vela sobre mis manos, alumbrando quizás lo que mi esposo seguía observando.

Era un cuerpo delgado, de cabello oscuro y ojos abiertos y blancos. Su expresión era de horror, como si estuviese emitiendo un grito, uno que parecía seguir oyéndose en medio del jardín, del movimiento de aquellos árboles.

Sus labios rojos cual carmín y su vestido rosa, estaba ensuciado por completo de sangre. Un color cadavérico, tomaba el aspecto de todo su cuerpo. Era una mujer.

 Mi propia presencia.

Casi pasmada por el terror en cuanto vi aquel cuerpo, me quedé allí a un lado de mi esposo tratando de sostener su mano. No podía siquiera tocarle o alcanzar a rozar su dedo índice.

La vela, había caído de entre mis manos rodando hacia aquel cuerpo sin vida. Ese cuerpo que parecía ya estar pudriéndose poco a poco.

Percibí entonces aquel susurro, teniendo que voltearme una vez más con suma lentitud. Mis pensamientos, mi expectación habían sido interrumpidas por aquella presencia, ahora con el rostro descubierto. Me armé de valor para ir tras él, sin embargo, continué observando ese cuerpo y, sobre todo, a mi marido.

Con un sentimiento de horror, vi cómo mi esposo guardaba algo entre sus bolsillos, un cuchillo repleto de sangre. Era el mismo que había utilizado esa noche, cuando encontré a mi padre, muerto.

Entonces lo recordé, mirando a mi alrededor completamente aterrada. Aquella presencia seguía allí, negando con la cabeza mientras unos cuantos más se le unían poco a poco. Cada uno, más hermoso que el otro. Los monstruos, los de mi padre.

Miré entonces a mi marido. Él seguía viendo el cuerpo, con sus manos firmes en sus bolsillos. La tristeza sobre su rostro había desaparecido por completo. Mientras que yo solo podía ver y escuchar.

Allí estaba él mientras recordaba todo una vez más. Recordaba él como me perseguía en toda esa oscuridad mientras me sujetaba de ella, recorriendo un pasillo tras otro.

Él gritando mi nombre con una mirada vengativa y una sonrisa triunfal ya que ahora sería el hombre más rico de Edimburgo. Yo huyendo de él, sintiendo que la sangre se detenía como ocurre en aquellos momentos en donde la vida pende de un tambaleante hilo que será cortado en cuestión de minutos.

Recuerdo el jardín, abriéndome paso entre esos monstruos, los que son hermosos. Veo entonces al indicado, al que me besó esa noche recordando así sus caricias, el hecho de que me abrasase con tal de protegerme.



Lenta y deliberadamente, va llegando la policía y algunos hombres pasan a un lado de aquellas criaturas, sin siquiera tocarlas. Hay cuatro, o quizás ocho. Entre hombres, mujeres y el que me había besado.

—Debemos sacar el cuerpo —dijo un hombre con suma seriedad, un policía probablemente.

—Deme unos minutos, por favor —suplicó mi esposo.

Lo aceptaron. Mientras yo aún seguía allí, viéndole en silencio, derramando una lágrima tras otra. Esperaba poder sentir las, pero parecían desvanecerse en mi rostro.

Él, quien una vez me había jurado amor eterno se acercó hacia el cuerpo, agachándose. Deslizó su mano hacia mis mejillas, disfrutando tocarme y luego enredando sus dedos entre mi cabellera oscura. Después sujetó uno de los mechones, sintiéndose completamente satisfecho.

Comenzó a darse cuenta luego, que no contaba con el tiempo suficiente para una despedida, lo que lo llevó a poner un gesto entristecido. Había cierto fingimiento en cada lágrima que caía sobre sus ojos.

—Ahora, estás a salvo... —susurró entonces.

Vio que alguien se acercaba.

Con esfuerzo logró levantarse, sacudiéndose los pantalones sin dejar de tocar sus bolsillos, cerciorándose de que ese cuchillo seguía junto a él. Nuevamente pidió que no se llevasen el cuerpo gritando y pataleando mientras lo cubrían. Yo, aún seguía allí, viéndole, desesperada por que alguien me escuchara.

La luz de aquella vela aún enfocaba mi cadáver mientras se lo llevaban rápidamente. Miré a mi alrededor, todos esos monstruos seguían allí viéndome. En especial él, quien comenzaba a acercarse hacia mi lentamente cubriendo mi rostro con una de esas delicadas telas, las mismas con las que lo había visto la primera vez. Los

demás, nos siguen adentrándose dentro de aquella gran casa. Rápidamente, se convierten en otros muebles, otros adornos bellos que van de una habitación a la otra.

—¡Escuchen! ¡Daremos una fiesta! —exclamó mi marido, cada uno de sus invitados había aplaudido.

Otra vez, debíamos esperar. Esperar el momento indicado, esperar a que el aniversario de mi muerte viniese, esperar a que mi esposo tuviese que dejar de gastar todo el dinero de mi familia, esperar a que la casa se cayera a pedazos.

Esperar.

El tiempo se volvía un enemigo cruel en esa casa. Un año pasaba y luego otro. Me había convertido en un mueble, una entidad que se paseaba por todas partes viendo el rostro de mi esposo con aquella maliciosa sonrisa en cada rincón, siendo aún mi peor pesadilla.

Los demás monstruos, caminaban a mi alrededor, todavía protegiéndome de él. Quien me había besado, estaba a mi lado, con el velo puesto sobre su cabeza. Al igual que yo. Seguimos observando, yendo de un lugar a otro, besando a cualquiera que se nos cruzaba por delante.

De unos pocos, vamos pasando a miles, pero nunca es el que quiero.

Mi esposo sigue allí, durmiendo en la misma cama, compartiéndola con una mujer y luego con otra. Lo observo en aquella esquina de la habitación, mordiéndome los labios, esperando hacerlos sangrar. Pero solo debo obser-

var, solo soy una espectadora más que espera y seguirá esperando.

Otra espera pasa y luego otra. Seguimos siendo los mismos monstruos los cuales descansan en las habitaciones, en las escalinatas que llevan hacia el jardín, en la cocina, en los pasillos. Nadie nos ve, nadie nos escucha. Solo esperamos.

Sin duda alguna, no había ningún triunfo. Solo pérdidas. Mi madre, mi padre, mi hermano, mi único hijo y luego la mía. No obstante, quien me había besado seguía a mi lado. Un único compañero fiel.

La casa poco a poco se fue sumergiendo en el silencio. Las empleadas se iban y otras venían hasta que ya nadie parecía regresar. Sin duda alguna todo a nuestro alrededor, decaía a igual que él, que mi esposo. No era extraño que envejeciera. Todos en algún momento debíamos hacerlo. Sin embargo yo no, ni los monstruos que me rodeaban, cada uno más bello, más joven.

Allí estaba mi esposo, una vez más siendo revisado día y noche por uno de los médicos de la ciudad. Aquel había sido el tercer posible ataque cardíaco. Se decía que al siguiente, no sobreviviría y yo esperaba que fuese así.

—Por favor, no me dejé solo. Lléveme a algún hospital —rogaba él. Parecía desesperado, verdaderamente desesperado.

—Ya no podemos hacer nada más. Una enfermera vendrá a verle —dijo el doctor con suma seriedad, mientras salía de la habitación.

Él estaba solo, quienes lo habían amado, lo habían dejado. El dinero ya no alcanzaba siquiera para mantener aquella gran casa, ni siquiera para una tumba.

Él al igual que yo, solo debíamos esperar.

Lloró largamente esa noche. Ni siquiera cuando vio mi cuerpo, lloró de esa manera. Tenía miedo, sosteniendo aquel crucifijo entre sus manos completamente temblorosas.

Luego, los sollozos se fueron apaciguando. Observaba su habitación, la caída de la lluvia, el cómo las gotas caían una tras otra sobre aquella ventana. Yo seguía observándole, sentada en una esquina de su cama.

—Quítate el velo —susurró mi acompañante.

Era la primera vez que me había hablado. Su voz, era suave, tranquila. En lugar de mirar a mi esposo, me vi en el espejo, ya descubierta.

Ahora sí era un monstruo, solo aquel velo, nos permitía seguir siendo hermosos.

Pronto, mi acompañante se quitó el suyo al igual que quienes esperaban en el umbral de aquella puerta. Al principio, sentí miedo de cada uno de ellos. De aquellas miradas desafiantes que no iban para mí, sino para él, para mi esposo.

Tenían hambre.

Él, mi esposo, parecía estar viéndome con sus ojos deslumbrantemente abiertos, susurrando, rezando en voz baja. Aquello, no le serviría de nada.

— ¡No! ¡No! ¡No todavía! — clamaba él, rígido de espanto sin dejar de verme.

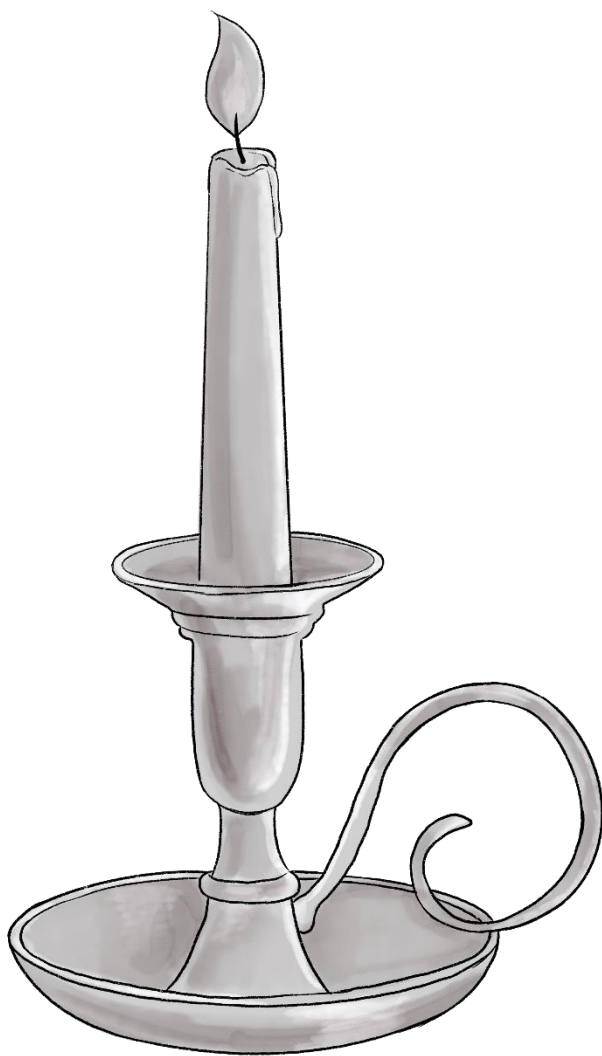
Al fin sus ojos daban con los míos, después de tanto tiempo de espera. Le miré, tal cual lo había hecho él.

— Ahora, estás a salvo... — susurré.

Los monstruos rodeaban su cama, mientras yo veía.

Los médicos y la policía se dejaron caer, inútilmente. Había allí delante de ellos, un cadáver y después de cerciorarse de que ya había dado su último aliento de vida decidieron sacarlo de allí inmediatamente.

La espera había acabado. Finalmente, estaba a salvo.





La fantasía suele parecernos un recurso de escape a la realidad. Es parte de una invención humana que destaca en nuestra imaginación. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando no solo la consumes, sino que también eres capaz de vivirla?



Muchos relatos pertenecientes a este género son acompañados por animales, los verdaderos habitantes de la fantasía. Siendo conocidos como emisarios de la muerte, los cuervos siempre han cargado con la misión de intrigarnos... o asustarnos.



*En **El sueño de los cuervos**, Miguel O'Brego nos presenta un universo tan común como el nuestro... hasta que ya no lo es.*



**EL SUEÑO
DE LOS CUERVOS**

Miguel O'Brego



MIGUEL O'BREGO

Miguel O'Brego nace en 1992, Remedios, Cuba. Reside en Santiago de Chile.

En 2018 resulta ganador del concurso lanzado por Pathbooks, plataforma de lectura interactiva, con el cuento de fantasía-horror “La casa de la locura”.

Publica en 2020 el poemario “Soledad siempre soñada”, del cual varios poemas fueron publicados en su tierra natal.

En 2023 publica la antología “El infierno de Duncan Craig”, una obra entretejida con lo más oscuro de la fantasía, el horror psicológico y el gore.

También en 2023 publica “La leyenda de Iwe”, una emotiva novela de fantasía heroica y aventuras. Ha participado en varias antologías latinoamericanas. Es apasionado del cine, la historia y los videojuegos.

EL SUEÑO DE LOS CUERVOS

En algún momento llegué a creer que el sueño empezó el día en que todos se fueron. Justo en el momento en que desperté y, para mi sorpresa, mi esposa se había marchado. Cuando me percaté de su ausencia, supuse que había salido a mercadear sin previo aviso, como a veces solía hacerlo, pero el día casi se volvió noche y ella no dio señales ni de vida ni de muerte. No se podía haber marchado así, sin más, no porque no tuviera razones para hacerlo; tantos años de matrimonio siempre encuentran la forma de crearlas y, a pesar de eso, nunca mostró un febril descontento como para desaparecer de esa manera... o eso siempre piensa quien es abandonado. No obstante, sus pertenencias no se habían movido de lugar. Había dejado el desayuno servido, la loza limpia y todo ordenado, como siempre.

No esperé a que mi preocupación se trasformara en desesperación y salí a buscarla. Afuera ya estaba oscuro y, cuando abrí la puerta, me llevé un buen susto; un pajaraco pasó rasante sobre mi cabeza. Ni siquiera lo alcancé a ver bien, pero el graznido lo delató como un cuervo.

Recorrí un par de calles sin encontrar a mi esposa y, ya caminadas un par de cuadras más, caí en cuenta de que no

había nadie en ningún lugar. Aún era temprano y el comercio habitual del sector solía permanecer activo hasta bien entrada la madrugada, sin embargo, aunque todas las tiendas y locales comerciales seguían abiertos, encendidos y hasta con platos, cafés y tragos servidos en mesas y barras, la gente parecía haberse esfumado como por ensalmo.

Caminé por el pueblo, aquel pueblo que siempre concebí tan diminuto e insulso y que ahora se me antojaba inmenso, profundo, misterioso. Después de recorrerlo casi desde una punta a la otra sin ver algo más que a nadie, concluí lo que cualquier otra persona en sus cinco sentidos hubiese pensado: Estaba soñando.

Sin darle más importancia, convencido de que en cualquier momento despertaría, volví a la casa. Me dejé caer en el sillón con pesadez. Después de unos segundos en *stand-by*, volví a pensar en lo que acababa de ver o, mejor dicho, en lo que *no* acababa de ver. No pude evitar una carcajada. Me miré la punta de los pies, no sé por qué, y volví a reír. Había sueños inquietantes y había sueños estúpidos. Éste era las dos al mismo tiempo. Se sentía muy real, tan o más vívido que la propia realidad.

Pero, en fin, siempre he pensado que no debemos preocuparnos demasiado por los sueños, rara vez son importantes y nunca significan o presagian nada como suele creerse. En eso pensaba cuando un profundo cansancio llegaba y se instalaba en mi cuerpo y mi mente, eso era

bueno; al otro día despertaría en mi cama, al lado de mi esposa y yo solo me reiría y le contaría. Y ella quizá reiría también y diría que no sería mala idea esfumarse un día de estos. Así aquel sueño en el que me encontraba se fue difuminando en aras de este otro sueño, pesado e inevitable.

Abrí los ojos y estaba a oscuras. Poco a poco, mi vista fue identificando los objetos que había alrededor y, aunque mi visión estaba un poco difuminada y débil, supe que estaba dentro de un ático repleto de trastos y cajas de cartón. No puedo decir que me sentía raro; apenas podía sentir el cuerpo, como si de pronto fuese muy ligero. Había una ventana abierta frente a mí y anduve torpe hacia ella, sin embargo, al asomarme, un inusitado impulso me hizo saltar fuera. Creí que me despeñaría contra el asfalto, pero apenas estuve en el aire, mis alas se abrieron y planeé. Un sujeto que salía por una puerta se me atravesó y lancé un grito que se escuchó nada parecido a un grito humano, y me preparé para el impacto.

Desperté sobresaltado. Era yo otra vez, un humano, no un pájaro. Y aunque había despertado, no lo hice en mi cama, sino en el sillón, y, por supuesto, mi esposa no estaba a mi lado. La llamé y busqué por toda la casa sin resultados. Seguía dentro del mismo sueño, pensé. Ese delirio que me transformó en un pájaro solo había sido un sueño dentro de otro sueño. ¿Cuánto tiempo puede durar un sueño así? Uno que puede albergar otros sueños... o la

gran y verdadera pregunta: ¿cuánto tiempo se puede fingir que todo está bien cuando sabemos con certeza que algo o todo anda mal? No lo sabía entonces, ni lo sabría después.

Salí de la casa asustado, desesperado y un tanto furioso. Esta vez, aunque ningún pájaro casi choca contra mi cabeza, crucé el umbral de la puerta con precaución. Tracé el mismo recorrido de la noche anterior; todo estaba exactamente igual, solo que ahora era de día. Lugares comerciales abiertos, platillos fríos y mosqueados, tragos mitad licor, mitad el agua que había sido hielo, cafés fríos y desvanecidos, y helados que ya no eran helados sino un pegajoso charco de almíbar.

Anduve un poco más por las calles desoladas entre espacios silenciosos y autos vacíos hasta que llegué a la plaza. Abatido, me desplomé en una banca. Por algún motivo dirigí la mirada hasta un pequeño monumento marmolado de un héroe local, y, posado sobre la cabeza de piedra, lo vi. Tan natural como cualquier otra ave, sin hacer nada más que lo que hacen las aves. Un simple cuervo, de un negro azulado indisoluble. Nada extraño había en él, sin embargo, una sensación que no lograba identificar comenzó a inquietarme; una sensación totalmente ajena a su comportamiento. Quizá solo era ese espanto congénito que tenemos los seres humanos ante lo incomprensible y absurdo, pero aquella sensación crecía cada vez con delirios de certeza, convenciéndome de que

alguien o algo más, me observaba a través de aquellos ojos negros y abismales, y solo por una razón; yo no debía estar ahí.

La presencia del pájaro me consternaba tanto o más que la ausencia de la gente misma. Aquella sensación casi me dominaba por completo, cuando un par de gotas me cayeron en la cara. Comenzaba a llover.

Después de ese día, todo cambió. Me sentía espiado a cada paso. Y así, varios días pasaron, cada uno igual que el anterior; temeroso de alguien o algo que desconocía y, a la vez, nadando en una soledad desquiciante.

Me encontraba dentro de un sueño inaudito; me daba hambre y podía comer para saciarla; si me daba sed, solo bebía; si tenía sueño, pues dormía; además, si caminaba mucho necesitaba sentarme un rato. No podía flotar, hacerme invisible, y no había criaturas infernales que quisieran matarme como suele haber en las demás pesadillas. Y salvo la ausencia de la gente y la idea de que alguien o algo me estuviese observando; todo seguía tan monótono, tan cotidiano. Fue entonces que comencé a conjeturar: la sensación de ser espiado, no era más que el resultado agobiante de aquella terrible y prolongada soledad. Así, logré meterme en la cabeza que todo era parte del mismo sueño, por lo que no había de qué preocuparse.

Fue entonces que tomé una decisión; si era un sueño, pues no importa cuantos días, semanas, incluso meses pasaran, en algún momento, despertaría, y lo que había

tomado por mucho tiempo, resultaría haber sido solo una noche. Entonces decidí tomar las riendas de aquel sueño tan real, lo viviría, sí, pero lo haría a mi manera.

Comencé a visitar varios lugares del pueblo que antes frecuentaba, y más aquellos otros a los que nunca había ido; bares, cafeterías, salones de baile, canchas de tenis, boleras. Estaba solo, es cierto, pero mientras eso durara, tenía todos los lugares a donde ir, toda la comida que comer y todas las cosas que hacer, sin restricciones. Debía aprovechar antes que despertara y mis limitaciones volvieran y, también, aunque sabía que me era necesaria, la compañía de mi esposa, de la que podría prescindir un tiempo más.

No hubo café o fuente de soda que no visitara en mis desayunos, los más caros que normalmente no habituaba; era cierto que no había personal para atenderme, por lo que en esos andares me volví un excelente barista. Los almuerzos y cenas los disfrutaba en restaurantes de la más fina de las clases. Para mi suerte, tanto restaurantes como locales comerciales habían quedado totalmente abastecidos, así que solo tenía que llegar y dárme las de chef. En las noches, las discotecas descubrí con asombro, así como también yo descubrí, cuanto podía bailar y beber durante toda una madrugada. Definitivamente era un sueño, yo no era ese y no hacía esas cosas, o quizá era una parte de mí que nunca había conocido. Así estuve por

varios días, y la sensación de que era vigilado fue desapareciendo.

Una de esas noches, sentado en la barra, bebiendo el brandy más caro que pude encontrar, me quedé dormido y, cuando desperté, ya no estaba en el bar. Otro sueño dentro del mismo sueño. Desde el cielo todo se veía tan minúsculo y banal, tanta pretensión desvanecida en la diminuta estructura de un pueblo vacío que tardé apenas un momento en identificar como mi pueblo y un poco más tardé en entender que la vista aérea solo se debía a una cosa; yo estaba volando. Miré a los lados y dejé de moverme, me di cuenta que, aunque mis alas negras se detuvieron, yo seguía planeando. No me detuve incluso cuando comenzó a llover y las plumas se me empezaron a mojar. Sí sentía de pronto mucho frío y, cómo la temperatura bajaba, comenzaba a congelarme. Debía buscar refugio y la plaza que estaba sobrevolando era un lugar posible, sobre todo después de ver aquel monumento de cabeza grande bajo el cual bien podría cobijarme. Me posé en su cabeza, mas no llegué bajar; una fuerza paralizante me detuvo, como si la mano de un dios me retuviera contra mi voluntad. Ahí estaba él, sentado en una banca, mirándome como si viese un monstruo en lugar de un ave. El miedo me taladró hasta las plumas, porque yo sabía, con implacable certeza, que aquel hombre no era yo.

Desperté sobresaltado en la barra. El brandy se había derramado sobre mí hasta mojarme la mitad de la cami-

sa. Mojado en un sueño y mojado en este otro sueño; aterrado en un sueño y aterrado en este otro sueño que por ahora y, mientras durara, sería mi realidad. Aquella noche no solo volvió la sensación de ser espiado, sino que por primera vez me sentí atrapado; atrapado en este sueño-realidad y atrapado en la otra realidad en la que siempre había vivido y a la que en algún momento volvería. Entonces, ya que no podía despertar por voluntad propia, o quedarme en el sueño para siempre, pues tampoco dependía de mí, quise olvidar un poco lo que era antes de despertar dentro de este sueño y en lo que ahora después me había convertido; quise olvidar los cuervos y olvidarme a mí.

Pasé días sin ir a mi casa. Repetí la rutina que había vivido casi como un ciclo imperturbable durante, quien sabe cuántos días más. Cada vez comía más y más, engullendo todo lo que mi estómago podía soportar, así como aumenté la ingesta de alcohol, pasando cada día más borracho que el anterior. Un día de esos, ni siquiera recuerdo cuando ni porqué, me dirigí al cementerio. Apenas recuerdo que, entre sopores y tambaleos, de pronto me encontraba rodeado por los sepulcros desiertos y la terrible quietud del camposanto.

Un cuervo apareció de la nada sobre una lápida, como si la tumba lo hubiese escupido. Al verlo, temblé. El temblor se acrecentó cuando, al mirar, leí el nombre de la lápida donde estaba posado. Era el mío; mi nombre estaba

en la lápida. La fecha de nacimiento coincidía con la mía y la fecha de mi muerte, para mayor sorpresa, era la del día en que todos habían desaparecido; el día que pensaba yo, el sueño había comenzado. Al miedo se le sumó una puntada en mi brazo. Y una puntada se convirtió en dos y dos en decenas de puntadas. Sentí como si me estuviesen picando cientos de mosquitos por todo el cuerpo. Estaba ebrio, pero el dolor aumentó y traspasó el estado anestésico del alcohol cuando lo que se sentían como picaduras de mosquitos se volvieron como pinchazos de cientos de agujas. La embriaguez comenzó a ceder. Me miré los brazos y vi, aterrado, como pequeñas incisiones de color negro me abrían la piel y escupían plumas pequeñas que iban creciendo a costa de mi dolor y desesperación. ¿Estaría soñando de nuevo? ¿Otro sueño intruseaba en mi sueño-realidad?

Miré al cuervo y vi que abría las alas y su cuerpo crecía, crecía mientras sus plumas desaparecían tragadas por la piel humana que se estiraba delante de mí, mientras yo me encogía. Intenté gritar, pero solo un graznido me salió del pico que había tomado el lugar de mi boca y el hombre en quien se había convertido aquel pájaro del infierno, usó su nueva boca para vomitar un agudo grito. Con sus manos, señaló la tumba agitando repetidas veces la mano. Estaba tan desesperado como yo, y su rostro se mostraba apretado y suplicante, aquel rostro que hasta hace solo un momento, había sido mío.

Al fin pude gritar, al fin tenía una boca con la grité después de escupir la tierra que me había tragado al caer de bruces. Y no solo la boca; estaba cubierto casi en totalidad de tierra y pasto, como si hubiesen usado mi cuerpo para barrer el cementerio. Había perdido el conocimiento, supongo por la embriaguez. Ya no era un cuervo; era yo con mi cuerpo de siempre, atrapado en aquel sueño-realidad. Entonces, sobrepasado por la angustia y el terror, me vi nuevamente obligado a decidir, solo que ahora, la decisión no era aprovechar al máximo aquel maldito sueño, lo único que quería ya, sin dilaciones, era despertar. Y pude concluir que la única manera de hacerlo, no era otra que morir.

¿Cómo hacerlo era entonces la cuestión? ¿Un disparo? ¿Saltar de un acantilado? ¿Cortarme las venas? Otras opciones como lanzarme a las vías del tren, o interponerme en el tráfico para ser atropellado no eran posibles por falta de segundas personas. Lo más rápido y certero, sería sin dudas un disparo.

La escopeta estaba empolvada. La guardaba desde la última y única cacería de ciervos a la que había ido muchos años atrás. Yo no era un experto disparando, pero, ¿cuánta práctica se necesita para volarse los sesos? Solo se necesita estar tan desesperado como lo estaba yo. La cargué con un par de cartuchos. Pensé en beber hasta casi perder la razón, así sería más fácil, sin embargo, no quería arriesgarme a otro delirio. Me encañoné la boca y me armé con

el único valor al que ahora podía recurrir; el valor de los cobardes. Contuve la respiración; apreté el gatillo.

Me encontré dentro de un túnel estrecho, envuelto por una oscuridad de muerte. No recordé ningún túnel al que hubiese entrado, solo recordaba el disparo. Pensé que quizá se trataba del túnel que lleva a la luz una vez que mueres. Solo que, hasta el momento, no veía ninguna luz al final. Por eso fui descartando la idea, por eso y por otra razón; ninguna religión o superstición dice que atravesamos las puertas al paraíso o al inframundo transformados en cuervos. Era muy estrecho y apenas podía revolotear dentro. Sentí un estruendo como de sirena y un temblor breve. Fue entonces que la luz surgió por fin. Quizá sí estaba muriendo realmente, o quizá, pensándolo con un haz de optimismo, era el final de aquel sueño que tanto me había martirizado. Al fin despertaría. Solo tenía que dirigirme a aquella luz, que, a juzgar por su escaso brillo, no sugería ni un lugar celestial, ni un lago de fuego; era tenue como un bombillo incandescente, poco más que un par de velas.

Se trataba de una habitación enorme, llena de torres cilíndricas de vidrio, monitores y computadores. Los más parecido a un laboratorio, pensé. Abrí mis alas; al fin tenía espacio para volar. Pasé entre una decena de cilindros de vidrio y me vine a posar sobre un computador lleno de luces. Estaba confundido, pues me acababa de suicidar y debía haber despertado, o quizá muerto; sí, prefería la

muerte a estar dentro de otro delirio, incluso estar muerto antes que seguir en aquel sueño-realidad. Fue cuando mis ojos de pájaro distinguieron lo que había dentro de aquellos cilindros de vidrio. Personas flotaban en un líquido verdoso dentro de cada contenedor; como peces muertos dentro de una probeta; como ranas y lagartos dentro de frascos de formol. Yo conocía a esas personas, no a todas, pues por muy pequeño que sea un pueblo, nunca llegas a conocer a todos sus habitantes. Revoloteé desesperado de un lado a otro mirando cada vez más aterrado a los durmientes, o probablemente muertos. Entonces, encontré al fin aquello, o mejor dicho, aquella por la que había descubierto el pueblo vacío en primer lugar; la razón por la que salí aquella extraña noche; frente a mí, en uno de los cilindros, con los ojos cerrados y el cabello disperso, flotaba mi esposa. Me alegré de verla y al mismo tiempo, sentí gran terror, un terror que nunca había sentido, solo superado por el terror que me mordió al mirar el cilindro del lado. Pensaba antes de dispararme, que aquel sueño en el que había estado atrapado por semanas no podía ser peor, ahora me convencía de que sí. Igual que mi esposa, con el rostro dormido, el cuerpo relajado y en la más profunda inconciencia, flotaba yo.

Comencé a aletear espantado cuando vi como abría los ojos y me miraba transformado en cuervo. El yo de la probeta, al verme, o quizá al notar donde estaba, comenzó a golpear el vidrio; se ahogaba. Yo no podría hacer mucho,

pero valía la pena intentar algo. Cargué con impulso y me lancé contra el vidrio en el mismo lugar que mi otro yo lanzaba puñetazos lentos y torpes. No sé si fui yo cuervo, o fue el yo hombre, quien logró quebrar el vidrio por donde un potente chorro del líquido verdoso comenzó a salir y terminó de quebrar por competo el cilindro.

El yo hombre, me miró con gesto de alivio y agradecimiento, y leí en su mirada lo mismo que yo cuervo pensaba, fue como una especie de telepatía; había que salir de aquel lugar de inmediato antes que quien lo había -me había- puesto allí, se percatara. El yo hombre miró hacia arriba, justo encima del cilindro roto, y señaló una trampilla pequeña en el techo. Había una sobre cada cilindro. El yo hombre comenzó a trepar con cuidado por los bastidores metálicos que sostenían el cilindro con cuidado de no cortarse y yo me adelanté volando para empujar la trampilla. Logré abrirla, y aunque el golpe me dejó aturdido, pude salir, revolotear y posarme en una gran piedra que descubrí justo al lado de la trampilla abierta. Tras de mí, salió arrastrándose el yo hombre. Se alejó un par de metros y quedó inconsciente, tendido sobre la tierra. Yo lo miraba sin moverme tampoco, seguí posado sobre aquella piedra que pude identificar, cuando miré hacia abajo, como una lápida sin fecha, sin nombre.

Desperté con el cuerpo contraído y el pecho apretado. Logré respirar profundo y exhalar más aire del que tenía en los pulmones. Cuando logré asimilarme, me desperecé

sobre la cama. Al mirar al lado, mi esposa me miraba con cara de asombro, como si en vez de verme tener una pesadilla, me hubiese visto después de haber desaparecido por años. Yo no lograba reaccionar y tardé casi todo el día en convencerme de que solo se había tratado de un imposible y aterrador sueño. Fue mi esposa, quien después escuchar mi relato, trató de calmarme, diciendo que nunca me había visto tener una pesadilla que me afectara de aquella manera, tanto estando dormido como después de despertar. Y acto seguido, como para apaciguarme, dijo a carcajadas que no sería mala idea esfumarse un día de estos.

Ese mismo día me dirigí al cementerio. Estaba igual que siempre, idéntico a como lo vi en el sueño. Las tumbas dispuestas en el mismo orden y sitio, y al buscar la mía, o la que había visto con mi nombre, no estaba allí; en su lugar, había un círculo de pasto, un círculo de pasto verde de una normalidad inquietante, como si quisiera pasar desapercibido, como si fuese impensable para cualquiera cavar un agujero con una pala para ver que escondía. Esa normalidad instaurada en nuestro diseño y que es mejor dejarla así, mejor vivir en ella y espantar y luchar contra esos cuervos que descienden de lo desconocido para devorar sin permiso la podredumbre final destinada a abonar este bucle, este sueño que no sabemos realmente cuándo empezó, y del que nunca sabremos cómo ni

cuándo vamos a despertar, y lo mejor que podemos hacer,
como he hecho yo, es volver a casa.





No es secreto para nadie que las mujeres gozamos de cierta magia ancestral que nos precede, que es inherente a nuestra naturaleza. Este también llamado “poder” vive en nuestro interior, dormido. Puede despertar algún día o puede no hacerlo jamás. Algunos dicen que de nosotras depende hacerlo.



Aminta Yara, de Valeria Lara es un ineludible recuerdo de que es esta magia la que no nos permite sentirnos solas, ni siquiera en los momentos de más profunda desesperación.

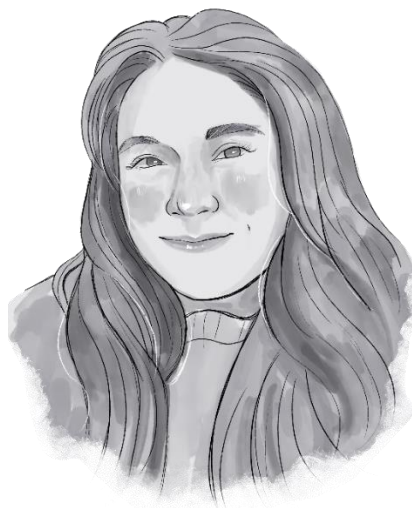


Querida lectora, si has llegado hasta aquí, tal vez debas permitir que aquella fuerza que te busca para darte una mano, pueda entrar.



AMINTA YARA

Valeria Lara A.



VALERIA LARA A.

Valeria Lara Arriagada, nació el 7 de enero de 1996. Estudió periodismo dos años, para finalmente cambiarse a su pasión y sacar la carrera de Licenciatura en Artes en el 2020. Estudió un semestre en la Universidad de Zaragoza en España, donde publicó su primer libro "La Semilla del Alma, posteriormente realizó un Diplomado en Escritura Creativa en la PUCV, del cual surgió su segundo libro llamado "El Soundtrack".

Se considera una feminista que lucha a diario a través de su arte y escritura para destacar la figura de la mujer. Además es ilustradora, repostera y madre a tiempo completo, lo que la ha motivado a trabajar en sus primeros cuentos infantiles ilustrados por ella misma. Aparte de sus múltiples proyectos que mantiene en su bolsillo.

AMINTA YARA

La luna con toques dorados brilla en el cielo, todo despejado a su alrededor. Es mi señal de avanzar, es el momento de empezar. Cada mes vuelvo a respirar, el cielo me da las energías solo por una noche para cumplir mi misión. Para esto vivo.

El canto de los grillos me da fuerza, mis brazos comienzan a latir, a moverse. Cada pequeño sonido le otorga movilidad a las distintas partes de mi cuerpo. Es un ritmo constante, un latir agitado que comienza a cobrar vida cuando soy capaz de distinguir el resto de llamados que hace la naturaleza en una noche estrellada y silenciosa. Son sutiles para el resto, pero intensos para mí. Lo suficiente como para decirme cómo y hacia dónde nadar.

Voy hacia arriba, donde la luna se mueve borrosa y agitada, avanzo hasta que todo deja de ser difuso y su claridad y pureza me entrega la conciencia que necesito.

El frío de la noche me golpea de pronto y siento que al fin vuelvo a respirar. Me toma solo unos segundos saludar a mi guía, mi amiga y compañera, solo unos segundos porque no hay tiempo que perder cuando una sola noche es lo único que tengo.

Mis ropas se asientan en mi cuerpo y, con cada paso que doy, el agua me va abandonando hasta que la humedad del lago ya no me cubre. Desconozco este lugar, cada noche es distinto, no sé si será campo o ciudad o una mezcla de ambos. Solo sé que debo enfocar mi entorno y dejarme guiar por los gemidos de mis compañeras, ellos son mi guía.

Puedo identificarlos con facilidad, aunque esta vez es un pueblo donde las casas se paran una junto a la otra con solo un pequeño pasillo de tierra y rejas para separarse entre sí. Hace siglos los humanos comenzaron a poner estos muros para protegerse, dejar a unos fuera y a otros dentro. Dicen que es útil o eso he escuchado, yo lo considero un fracaso total para ellos, pero un triunfo para mí, siguen sin crear algo que me impida entrar hasta los hogares más protegidos, aislados u ocultos.

Por supuesto, no voy de casa en casa. No me interesa verlos a todos, solo voy por las chicas que lloran.

Varias épocas atrás, mi trabajo era volar a través de la niebla. Debía recorrer kilómetros en solo una noche para llegar a casas rurales ocultas en grandes praderas, atravesando campos de espigas, colándome por enormes puertas, tratando de ignorar y limitar mi deseo de cortarle el cuello a cada ser humano maltratador que encontraba en mi camino. Ese no era mi trabajo, yo solo recolectaba.

Debía llegar hasta el último cuarto de grandes casonas, abrir cerraduras sin llave y encender la vela al lado de sus

camas: una luz, una pequeña y sutil para que pudieran ver quien se las quería llevar antes de hacerlo.

Tiempo atrás sentía más satisfacción; eran muchas chicas en una noche, muchas reunidas al amanecer al borde del río, lago o pozo. Eran tantas las que incitaba a saltar.

Pero aquel día, en este cumulo de casas de voces silenciosas, solo podía oír a una llorar. No había más a lo lejos, no tenía más misiones este mes, solo una.

Eso debería ser bueno, síntoma de que la humanidad está prosperando, que ya no cometen atrocidades como encerrar a sus hijas, hermanas o madres. Ya no es como antes, ahora quizás las dejan vivir con libertad, o aprendieron a huir por su cuenta.

Desearía que siempre fuera así.

Pero no. Hubo una vez, un año, un mes, en que la luna me despertó en un pequeño arroyo, difícil de salir, pero en cuanto lo hice, lo sentí, la necesidad de hacerme pasar por eso, lo imperioso de llamarme en una noche con lluvia, donde la tormenta avecinaba más agua de la que podría yo necesitar. Lo entendí en cuanto respiré.

Las escuché llorar.

Para el resto del mundo, solo se oían las gotas de agua chocando contra el piso embarrado, un silencio espectral en un edificio completamente aislado.

Mientras corría por los pasillos, pude ver a través de las ventanas cómo solo el páramo rodeaba kilómetros y kilómetros aquella instalación. Las llevaron lo más lejos

que pudieron, pensando que así nadie las iba a extrañar, que nadie las querría ayudar, y probablemente llevaban sufriendo casi un mes, esperaba que no todas ellas. No sé cuánto tiempo habría tardado la luna en escuchar su llanto; a veces ella les da tiempo a actuar, oportunidades para ser dueñas de su destino sin tener que intervenir. A veces ella solo observa, y yo ni si quiera me entero, así que no puedo hacer nada más que esperar a cuando crea que soy necesaria en verdad.

Esa noche lo fui.

Mientras corría por los pasillos, encerré a cada guardia en sus habitaciones sin que pudieran pestañear, ellos jamás me oirían llegar. Mi trabajo es ser invisible, silenciosa, especialmente con los hombres, no eran dignos de esta oportunidad, no si eran quienes la mayoría de las veces me obligaban a despertar.

Al llegar al tercer piso, siento su desesperación, su dolor, pena y miseria. Puedo ver lo confundidas que están y son demasiadas. La noche es muy corta y la tormenta se avecina.

Piso con fuerza, pateo tan solo una vez la superficie lisa y fría, pero con la intensidad necesaria para que solo unos segundos después un gran relámpago traspasé todas las pequeñas ventanas del edificio. Muevo mis brazos hacia abajo y los cerrojos se abren. Como si de una danza se tratase, la naturaleza siente el ritmo de mis movimientos,

la intensidad de mi dolor, la angustia que todas comprar-timos... y se escucha el trueno, intenso y ensordecedor.

Solo es una tormenta para el mundo, pero es la alarma que necesito para que mis chicas se levanten.

Poco a poco las puertas comienzan a abrirse. Extra-ñadas, miran a su alrededor. La posibilidad está ahí, el miedo las rodea y sé que la confusión del momento las paraliza, pero me ven y solo eso necesitan para sonreír.

El llanto interior que cada una de ellas acarrea, se acaba. Las siento respirar, estiro mi mano, una de ellas la alcanza con emoción y, en cuanto comienzo a correr, una cadena de brazos me sigue. Sus pies descalzos chocan contra la fría baldosa a gran velocidad; los escalones retumban ante más de cincuenta chicas que corren con añoranza. Es una gran cadena de mujeres que me sigue hasta el exterior, donde la lluvia se ha vuelto más intensa.

Ninguna de ellas pregunta por qué los guardias no se han levantado, por qué las puertas se abren al acercarnos, o por qué es correcto seguir a una chica de cabello y ropa azulada. Solo avanzan, riendo, disfrutando y festejando, aunque aún no estemos fuera.

Las hago correr hasta el arroyo, aquel tan estrecho del que tuve que salir y que la tormenta ha expandido en un río de gran caudal, una salida que todas están dispuestas a tomar.

Una vez que las tengo a todas en la orilla de él, las miro, esperando confirmación. Le aprieto la mano suavemente a

la que está a mi lado, deseando que cada una de ellas pueda sentirlo: esperanza. Sus miradas me confirman que lo aceptan, están dispuestas a dejar todo atrás con tal de salir de ahí, así que sonrío por haber terminado mi misión antes de que el amanecer termine, porque no quiero que ellas vean el sol salir aquí, no en este paisaje que las ha tenido prisioneras por tanto tiempo.

Miro una vez más hacia atrás, el psiquiátrico que está a solo unos pasos a mi espalda, ahora sin pacientes, pero lleno de guardias durmientes que estarán sin trabajo en unas horas más. Esa emoción que se cuece en mi interior me hace saltar al agua, y llevarme conmigo a más de cincuenta mujeres que me siguen hasta las profundidades del río, hasta que todo desaparece. Nuestro entorno se oscurece, y la luna vuelve a brillar, borrosa y ondulada en el cielo.

Nado hacia ella, una vez más.



Aquella ocasión fue gratificante, aunque no tuve suficiente tiempo para interactuar. Solo podía sentir y transmitir, pero eso bastó para comunicarnos entre nosotras y salir de ahí para cumplir una de las mejores misiones que me ha encomendado.

Esta vez, en cambio, solo era un llanto, una chica. Y, a pesar de ser solo una, me costaba distinguir su origen.

Esto no era común, normalmente no me enviaba a un pueblo solo por una, y mucho menos una que no estuviera segura de si sufría o no, porque, de lo contrario, su llanto se oiría a kilómetros, lo sentiría en mis entrañas y me haría correr con desesperación.

Ahora me deslizaba con calma a través de las sombras, tratando de distinguir cuál de todos los rostros femeninos era el que me llamaba en sueños. La oía susurrar mi nombre, suave y dudosa, sin saber si era lo correcto o no.

Lo era, *ella* no me habría enviado aquí de no serlo, estoy segura de eso. Puede que tú dudes, pero la Luna jamás lo hacía.

Silencio.

Solo los grillos a mi alrededor y ladridos unas cuadas más allá, probablemente por otros animales en su territorio o humanos. No era tan tarde, podía oír un par de vehículos a lo lejos, la electricidad en los faroles y en las casas, la gente aún en pie, aunque la noche ya había caído por completo. Se negaban a dormir mientras mantenían sus ojos abiertos de par en par frente a pantallas eléctricas de distinto tamaño.

No lo entendía. No lo entiendo. Porqué alguien se quedaría mirando un cuadrado plano durante horas, evitando el dormir, aunque sus ojos se cerrasen del cansancio y teniendo un hermoso cielo estrellado justo afuera.

Bueno, una parte de mi lo entiende.

Hace unos meses, desperté en una gran ciudad, las estrellas no se veían y el cielo no estaba oscuro, a pesar de que ya la noche se había asentado. Me sentí extraña y confusa, no tenía nada natural a mi alrededor que me diera las fuerzas para avanzar, no había grillos ni croar de sapos que me recordara cómo caminar y nadar. De hecho, ni si quiera había mucha agua. Yo emergí de una pequeña poza que había dejado la lluvia del día anterior y todo a mi alrededor era artificial.

Edificios, toda una ciudad llena de ellos, de gente caminando sin parar, aunque las horas del reloj anunciaban que debían dormir. Mujeres en las esquinas, vehículos en las calles, miles de faroles encendidos con la intención de crear un falso sol que los ayudara a avanzar.

Me sentí tan desorientada, hasta que las oí llorar, al menos cinco mujeres con gran intensidad. Corrí a través de las sombras, salté de ventana en ventana, muro en muro, hasta que las fui encontrando y guiando hasta la poza que me trajo.

Una de ellas tiritaba mientras dormía, se acurrucaba en sus cobijas, ocultándose del mundo que seguía funcionando a gran velocidad en el exterior. Y pensarías que tenía mucho frío y eso la hacía llorar, pero en cuanto me acerqué, sentí las frustraciones, penas y dolores de una adolescente atrapada en un hogar en que no la aceptan, con una familia que le niega la posibilidad de ser ella misma, que la obliga a sentir culpa solo por no elegir a

quien amar, por ir en contra de su religión, hasta el punto en que encuentro sus brazos llenos de marcas, cortes de dolor.

Lo supe entonces. Aunque el mundo corriera a tu alrededor, nada de eso iba a detener el gran tormento en tu interior, aquel que te paralizaba y frenaba hasta el punto de hacerte desear desaparecer.

La abracé y ella despertó, asustada, hasta que se concentró solo en mi respiración, en la calma de mis brazos y en la posibilidad de un nuevo inicio. Entonces me siguió hasta fuera. Bajamos la escalera que había fuera de su ventana, permitiéndome llevarla hasta la pequeña poza de agua que dio inicio a esa noche, donde tres chicas más me esperaban.

Y, pensando que había visto lo peor en el mes, fui por la última. Deseando que la noche acabara lo más pronto posible, me deslicé a través de los callejones de los edificios hasta llegar a uno alto y lujoso, donde los gritos retumbaban a gran intensidad.

Estaba asustada, desesperada, atrapada en niveles que no comprendí, hasta que la vi sentada en su cama, frente a un gran televisor.

La pantalla transmitía programas que no entendía y sus ojos no estaban cerrados, aunque no podía ver nada a través de ellos. No estaba ciega en verdad, solo estaba paralizada en un cuerpo lleno de ansiedad y pánico, a tal punto en que no podía hacer absolutamente nada. Su

mente dormía, su cuerpo actuaba como si aún trabajara y su alma gritaba con dolor y miedo.

Me costó sacarla de aquel trance, tardé varios minutos en calmar su respiración, muchos más en hacerla recuperar sus sentidos. Observar su entorno con conciencia solo la asustó más, así que volví a mi trabajo y estiré mis brazos para cargarla hasta la salida. Ella no estaba lista para caminar, pero debía sacarla de ahí antes de que no quedara nada más que salvar. Corrí con ella acurrucada en mí hasta la poza donde todas me esperaban, dispuestas a alejarse de esa tormenta de electricidad que las había llevado a límites antes desconocidos para sus cortas edades.

Las tomé de las manos, y saltamos.

Una parte de mí lo entendió entonces, cómo es que la ansiedad, el miedo y soledad te dejan solo con las pantallas como única compañía y salvación. Era doloroso de pensar y admitir. Yo solo lo suponía, pero podía ver cómo muchas de ellas no tenían más opción.

Yo las ayudaba, las sacaba de ahí, pero no pasaban la vida entera creyendo en mí. Cada vez que sufrían, lo anhelaban, aunque en el fondo se convencieron de que solo era un mudo grito de ayuda y no alguien que en verdad las sacaría de sus camas y las llevaría donde nadie más las pudiera encontrar.

Si creyeran que fuera verdad, si todas realmente creyeran en mí, probablemente mi trabajo aumentaría y

tendría a muchas chicas esperándome en el alfeizar de sus ventanas, dispuestas a seguirme sin si quiera saber a dónde.

Tal vez por eso mi nombre aún se mantenía en un mito, para que solo las que de verdad me necesitaran, fueran aquellas a quienes mi alma escuchaba.

Pero sigo sin entender.

Si esta chica me necesita, si la Luna me dio solo una misión esta noche, ¿por qué no logro encontrarla en un pueblo tan pequeño? Trato de respirar. Me detengo fuera de una ventana, donde una chica de veintitantos duerme plácidamente. Tiene un gato acurrucado a sus pies y él me mira con atención, supongo que se preguntará si voy a entrar, pero no es necesario; su ama es feliz, tiene la vida que merece y logrará muchos cambios en esta pequeña sociedad. Eso me hace sonreír. No tengo que salvarlas a todas, hay muchas que tienen un camino limpio y las herramientas necesarias para forjar su destino. Ellas me harán el trabajo más simple después, les darán las herramientas a sus compañeras y llegará el día en que no tendrán que huir, ni una sola al mes. Tendrán el mundo a sus pies.

No ha pasado en miles de años, pero cada vez estamos más cerca.

Un grito interrumpe mis pensamientos, le doy un asentimiento de cabeza al pequeño felino y él se acurruca nuevamente con su ama. Me da la espalda y yo vuelvo a

desvanecerme en la neblina, a gran velocidad, siguiendo el dolor que nuevamente revivió, sintiendo su miedo... ¿Miedo?

Ella está asustada, justo ahora.

Avanzo cuadras a gran velocidad, hasta detenerme fuera de una casa de un solo piso, todas las luces están encendidas.

No se ve muy grande desde fuera; una sola puerta delantera que lleva a un patio de tierra y una cerca de metal, llena de espinas en la superficie. Doy un gran salto y llego hasta el otro lado, sin hacer ningún ruido al pisar. Observo una de las ventanas que parece ser el baño; me deslizo hacia la otra, en donde solo se ve un *living* y una cocina al final. Una figura masculina aparece cuando se cierra la puerta del refrigerador, tira una lata al piso con ira y se gira de manera violenta, gritándole a alguien a su espalda. No la vi hasta que él se acercó a la pared y la recogió del piso, jalándola del brazo. No paraba de gritarle mientras movía su mano enérgicamente, apuntando hacia ese pequeño cubo de metal.

Era entrada la madrugada, todas las casas a su alrededor tenían las luces encendidas, los gritos de él se oían en toda la calle, y aun así, nadie hacía nada.

El dolor de ella me paralizaba, me entumecía, pero no podía sacarla de ahí si él la tenía sujeta de esa manera.

Reviso las otras ventanas para asegurarme de que no hubiera otra chica en esa casa que me estuviese llamando,

los gritos se oían tan fuertes que estaba casi segura de que había alguien más, pero no la pude encontrar. Así que volví a la ventana fuera del comedor principal.

Usé solo uno de mis dedos para hacer estallar una de las ampolletas que se cernían sobre él. Y, en cosa de segundos, él la soltó para cubrirse. Ella corrió a encerrarse en la habitación más cercana. Di la vuelta a la casa y la encontré sentada en el piso, justo detrás de la puerta que se acababa de cerrar. Trataba de respirar con calma, y se abrazaba las piernas.

Decidí entrar y acercarme en silencio. Sin embargo, en cuanto me arrodillé frente a ella, se asustó. Me miró con miedo y desesperación.

—Tranquila, no voy a lastimarte. Vine a sacarte de aquí.

—No, no, no, debes irte ahora.

—No puedo irme sin ti. Respira. —Lloraba con intensidad y sus ojos me miraban abiertos de par en par.

—Tienes que irte. Él... Él te matará si te ve.

—No me hará daño, no podrá tocarme si quiera. Mi misión es sacarte de aquí y llevarte a un lugar seguro.

—No, por favor. Solo vete ahora.

Se comenzaron a oír golpes en la puerta que se volvían cada vez más fuertes. Él quería a su presa nuevamente y ella se negaba a irse conmigo. No me las podía llevar en contra de su voluntad, eso sería secuestro. Debía querer venir, desearlo en verdad.

—Por favor, cariño. Sabes que no estás segura aquí. Él te va a lastimar. —Toco su hombro con cariño y trato de que su mirada se enfoque en la mía para poder calmarla—. Yo te puedo llevar a un lugar seguro, pero no te puedo obligar a ir. Debes querer alejarte de él.

—Yo... Yo quiero, de verdad quiero, pero no es posible. Me encontrará y me matará. Si no te vas rápido, él te matará como a las otras.

—¿Qué otras?

—Las otras chicas, las chicas con quien salió antes. Todas, todas ellas desaparecieron y...

Las palabras le salían con pequeños tartamudeos, las lágrimas corrían rápido por sus mejillas, mientras su mentón se movía rápido por el temor.

—Una de ellas trató de advertirme, vino a tratar de sacarme de aquí hace unas semanas. Me dijo que no estaba a salvo con él, pero...

—¿Pero qué?

—Él la vio. Se la llevó a su cuarto de atrás y jamás salió. Ella jamás salió.

—Eso te pasará a ti si no vienes rápido conmigo, te va a lastimar a ti.

—No, no, no. No me matará aún...

Pensé que estaba frente a un ataque de violencia de pareja. He sacado a muchas chicas de casas donde sus maridos o parejas las agredían física y psicológicamente, pero un asesino... No me he enfrentado a uno en siglos.

Sus golpes se vuelven más fuertes, su agresividad me dice que esto no se va a detener y, si me concentro lo suficiente, puedo sentir el dolor de cada una de las vidas que arrebató. Las siento aquí en esta tierra.

Pero algo aún no tiene sentido.

— ¿Por qué crees que él no te va a matar aún? Si sabes que lo va a hacer, ¿qué es lo que, según tú, lo detiene ahora?

Ella me mira y aleja sus brazos de sus piernas. Las baja con calma y puedo ver algo que odio haber pasado por alto antes. Está embarazada.

— Me quedan tres meses aún. Tengo tres meses antes de que él la saque de mí y me mate.

— Cariño, debemos salir de aquí, no puedes quedarte así con él.

Pongo mi mano con suavidad en su vientre, con una pequeña autorización de su mirada ya calmada. Entonces la siento, escucho los gemidos de dolor que me trajeron hasta aquí. Era la niña la otra alma que sentía que me llamaba, el bebé que crecía en su interior, me pedía a gritos que las sacara a ella y a su asustada madre de las garras de un asesino en serie.

Le doy un breve cariño, para calmarla, hacerle sentir que estará bien. Me toma unos segundos hasta que la respiración de ambas se vuelve a calmar. La madre respira con calma y me mira, expectante.

— ¿Tienes familia?

—No, él me recogió de las calles. Alejó a mis amigos hace mucho tiempo, ya no me queda nada más que él y mi bebé.

—Está bien, me tienes a mí ahora...

—Pero él te va a matar —me interrumpe, asustada.

—No cariño, ningún hombre jamás podrá conmigo.

Me pongo de pie y arreglo mi ropa como si me preparase para la guerra, así se siente. Sujeto bien mis mangas a mis brazos, me agarro el largo pelo suelto con uno de los cordeles de mi traje y me vuelvo a agachar.

Miro a esta bella mujer joven, pongo mi mano en su mejilla y le sonrío.

—Espérame aquí, cariño. Pase lo que pase no salgas y cúbrete los oídos.

No suelo intervenir mucho, pero la luna me trajo aquí por una razón. Llegué muy tarde para salvar a las otras, muy tarde para la heroína que la quiso salvar. Muy tarde para tanto, pero no para esto.

Salgo por la misma ventana por la que entré y me muevo hacia el frente de la casa. Respiro con profundidad y con solo estirar mis brazos hacia adelante, la puerta frente a mí estalla en miles de pedazos. Él se queda paralizado por unos segundos, pero luego me mira con burla. Se acerca hacia mí con tanto poder en su mirada. Miserable poder. Cree que con solo ser alto y tener un cuerpo fuerte, me va a intimidar. Piensa que eso le da todo, pero soy más alta de lo que se imaginó.

— ¿Quién mierda eres tú, perra?

— ¿Qué?

Pongo mi mano en su pecho con tanta lentitud, pero en cuanto mi piel roza su asquerosa ropa y ejerzo presión, su cuerpo sale volando hacia atrás y se golpea contra la pared. Se levanta rápido, un tanto asombrado por mi fuerza. Sin perder la valentía, saca un cuchillo de su bolsillo, mientras yo camino hasta estar nuevamente a su alcance.

— ¿No me conoces?

Mi mano golpea su rostro con tanta fuerza que escupe sangre, haciendo que suelte el cuchillo por un momento y yo piso su muñeca destrozándosela antes de siquiera darle tiempo a gritar. Lo pateo un par de veces más antes de volver a hablar, sin darle si quiera la oportunidad de moverse, aunque dudo que tenga fuerzas.

— ¿Aún no has oído mi nombre?

Pateo su entrepierna y el dolor nuevamente lo hace chillar, aunque se mueve entre la conciencia e inconciencia, una parte de él sigue con ganas de luchar, un par de golpes más le quitan esa intención y comienza a darme la misma mirada de temor que él durante tanto tiempo generó. En susurros me pide que pare, me pide piedad, una que jamás tuvo. Entonces me inclino al lado de su oído y susurro mi nombre, justo antes de dejarlo inconsciente.

Me pongo de pie y me limpio la sangre que salpico en mí. No lo maté, no hago eso, aunque quisiera, solo le dejé heridas de gravedad que le causarán dolor por un tiempo.

Tomo unas correas del cajón, unas que, por supuesto, un hombre como él tendría para aprisionar mujeres, y me dirijo hacia la cocina. Hay una puerta cerrada con llave que abro con facilidad.

Voy hacia el cobertizo donde encuentro los cuerpos de las chicas que no alcancé a salvar. Las acuesto una al lado de la otra. Saco una flor de loto de mi ropaje y la pongo sobre cada una de ellas, para que sus almas puedan encontrar el camino hacia el mar, hacia la libertad y el descanso que necesitan.

Vuelvo a la cocina y agarro al gran tipo inconsciente para amarrarlo fuera del cobertizo.

Los humanos suelen ser un poco ciegos a veces, así que escribo con un plumón que encontré en el cajón, la palabra “CULPABLE” en su frente. Dibujo un par de flechas en el piso del *living* y la cocina, para guiarlos hasta el patio, y varias lámparas, solo por si acaso.

Vuelvo a la habitación donde la chica me esperaba con los ojos cerrados y las manos en sus oídos.

Me arrodillo nuevamente a su lado, la acaricio suavemente y le retiro las manos para que pueda oír el silencio a su alrededor. Esta sorprendida, pero tranquila.

Le ofrezco mi mano y ella la agarra con confianza, esperanza y alegría.

— ¿Estás lista para empezar una nueva vida?

— Sí, llévanos, por favor.

Me sonrío y se pone de pie. Nuevamente sin cuestionar nada, me sigue hasta el exterior sin soltarme.

Justo antes de dejar la calle, enciendo las alarmas de los vecinos. Todas las casas alrededor de la que estábamos, comienzan a gritar en cuestión de segundos. Seguimos caminando una al lado de la otra, con calma y, cuando ya hemos avanzado varias cuadras, veo una patrulla de policías correr a gran velocidad, con las bocinas encendidas, hasta el lugar de donde salimos.



Quedando solo una hora para que amanezca, llegamos a la pequeña laguna de la que emergí. Observo a la chica a mi lado y, con solo una mirada, le pregunto si está lista para saltar. Ella acaricia su vientre con cariño y me sonrío. No necesito más para empujarnos a ambas en esas frías aguas que se expanden a nuestro alrededor en cuanto las tocamos.

La jalo hacia la profundidad. Todo se vuelve oscuro a mi alrededor. Aprieto con firmeza la mano de la chica para darle tranquilidad y entonces la veo: la luna en la superficie, moviéndose borrosa, aunque brillante. Nado hacia arriba tirando conmigo a mi nueva compañera.

La salida siempre es difícil, debe serlo, es necesario para volver a comenzar; así que en cuanto salimos del agua, se siente como un nuevo renacer para ambas, porque cada vez que traigo a una nueva chica a la isla, le doy una nueva vida llena de oportunidades y esperanzas. Entonces yo vuelvo a vivir con más fuerza que nunca.

Mi cabeza sale del agua y ella segundos después. Mientras la dejo que observe todo a su alrededor, la guio hasta unas escaleras que vienen del fondo de la laguna, hasta la superficie. Ella nada hasta el borde y mira con sorpresa como cientos de chicas nos rodean con emoción. Le estiran la mano y la ayudan a salir.

Yo me tomo mi tiempo. Me aparto del montón y solo las observo hacer el ritual de cada mes. La reciben con toallas, ropas nuevas, abrazos y comida, le preguntan su nombre, si quiere mantenerlo o elegir uno nuevo. Ella me busca con la mirada, me sonrío emocionada y yo la aliento a avanzar. Siento su nerviosismo.

Así que decido acompañarla a iniciar este nuevo camino, mientras recibo los abrazos y saludos de todas las otras chicas que he salvado.

Fue una noche difícil y ellas lo saben, así que me abrazan y me calman.

Hoy me di cuenta de que perdí a muchas chicas en el continente, por un solo hombre, pero logré traer a dos. Una de ellas iniciaría su vida en un mundo totalmente

descontaminado, en una isla alejada del ojo del resto de la sociedad, oculta para todos, menos para mí y la luna.



El tiempo pasa a gran velocidad cuando te encuentras en familia, rodeada de mujeres poderosas, de nuevos inicios. Es fácil para mí olvidar quien soy cuando estoy acá. Solo soy una más el resto del mes, aunque yo no envejezca y mi cuerpo sea más como el de un espíritu de la naturaleza que el de una mujer.

Cuando estoy con ellas, trabajo en la ciudad que por milenios hemos creado. Me relaciono con las nuevas y también las más antiguas. Ayudo a crear nuevas cosas, como una ciudadana más, aunque fui una de las primeras en llegar aquí, fui una de las elegidas por la Luna, cuando recién se estaba formando el continente.

No recuerdo mucho de esa vida, solo que mientras trataba de huir de un destino que no elegí, me fui al mar, donde mejor me sentía. Fue entonces que ella me encontró, me guio hasta las profundidades y me trajo hasta esta isla que crece con cada alma que adopta.

Éramos siete en un inicio. Mujeres, fuerzas de la naturaleza que tenían diversas misiones, que habían sido rescatadas por ella. La luna, que por milenios ha tenido distintos nombres yo la conocí como Artemisa, pero cada una de las chicas originales la llamó de manera diferente,

así que preferimos usar solo el pronombre “ella”, o “la luna”.

Ella nos guía. Nos ha dado una larga vida, para apoyar y servir a otras mujeres, para protegerlas, cuidarlas, enseñarles, lo que se necesite.

Ella me llama a la laguna una vez al mes. Es en aquel momento puedo nadar hasta el continente. Con la luna llena, brillante y poderosa, mis habilidades se vuelven más fuertes que nunca y es entonces que soy invocada para traer a nuevas chicas, salvarlas.

Hoy hay luna llena otra vez. Ella me guio hasta la laguna y la seguí sin cuestionar ni un poco hasta las profundidades del agua, donde todo se vuelve oscuro y mi cuerpo se siente parte de algo mayor.

Brilla con un movimiento borroso en la superficie. Nado hacia ella y, al salir, vuelvo a respirar en una noche estrellada, con un gran río acompañándome.

Vuelvo a estar en sintonía con la naturaleza, a sentir mi poder crecer lo suficiente como para agudizar mis sentidos. Entonces escucho y siento sus gemidos de dolor.

Vuelvo a correr y trabajar por la ciudad. Atravieso calles enteras, visitando ventanas y llevando una en una a mujeres de diversas edades al río.

Cuando ya me he encargado de seis, las cuales me esperan con añoranza sentadas al lado del gran caudal de agua, siento un gemido más. No, son dos. ¿O uno?

Ante la duda, vuelvo a correr. Entro en un gran edificio antiguo, un departamento desprovisto de todo lo necesario para una vida digna. Un hombre echado en el sillón, junto a varias latas de cervezas abiertas y esparcidas por el living. Fotos de una familia rota, quebrada hasta la médula por el fallecimiento de una madre.

Un camino de violencia sin retorno me lleva hasta una pequeña habitación, donde dos pequeñas de nueve o diez años —quizás— duermen acurrucadas juntas en una colchoneta en el piso. Solo una pequeña sabana las abriga y puedo ver por la ropa esparcida en el suelo que estas hermanas han sufrido horrores inimaginables para su corta edad.

Me arrodillo a su lado y las despierto con suavidad, tratando de no asustarlas. Sin embargo, en cuantos sus pequeños ojos me comienzan a observar, un intenso brillo se forma en sus miradas. Me miran como si me pudieran reconocer de algún lado.

—Vengo a salvarlas. Las llevaré a un lugar seguro donde nadie más las va a lastimar. —En cuanto terminó de decir esto, sus sonrisas se ensanchan.

Se agarran de las manos y se sientan con rapidez.

—Oh, por Dios

—Eres tú.

—¿Yo?

—¡La Fuerza Salvadora del Agua! —ambas dicen al unísono uno de mis nombres, o el significado de él.

Sonrío porque ellas lo saben. Saben a lo que vine y saben perfectamente a dónde irán.

—Eres... ¡Aminta Yara!

—Sí, niñas. Vamos a casa.

Ambas se ponen de pie con rapidez y se visten con la poca ropa que encuentran en el piso, decididas y felices de dejar todo atrás. Cada una agarra mi mano y salimos por la misma puerta por la que entré. Ni siquiera voltean a ver al hombre en el sillón. Ellas solo pueden ver el futuro que les espera.

Me siguen hasta el río, donde nos encontramos con las demás. Las observo y todas me agradecen con la mirada. Las pequeñas siguen a mi lado y vuelven a susurrar mi nombre antes de seguirme hasta las profundidades del agua.

Amo oírlas decirlo, amo cómo se escucha, amo el efecto de esperanza que suena con él y amo ser transformada en una leyenda.





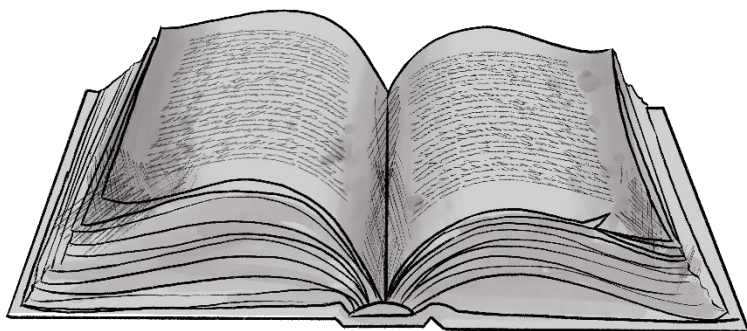
Siempre he creído que la música es una maldición que persigue a nuestra especie, aquello de lo cual no podemos escapar y que se queda para siempre.



Las historias tenebrosas que se entrelazan con la maldición de la música son muchas y todas tienen la habilidad de atravesar nuestra carne y acariciar nuestras almas, ya sea de forma amable... o brutalmente agresiva. La pregunta es, ¿podemos hacer algo para evitarla?



Apetito destructivo, escrito por Samuel Wandersleben, es una prueba contundente de que algunas maldiciones son tan bienvenidas como deseadas.



APETITO DESTRUCTIVO
SAMUEL WANDERSLEBEN



SAMUEL WANDERSLEBEN

Samuel Wandersleben es un escritor, dramaturgo y profesor oriundo de Concepción.

Es un amante incondicional del terror en todas sus formas y adicto a las películas slasher. En 2022 publicó su libro de cuentos "Aberraciones", el cuál ganó dos menciones honrosas en los International Latin Books Awards 2023 en las categorías de Mejor libro de cuentos en español (Best collection of short stories - Spanish) y Mejor diseño de portada (Best cover design). Pero también ha participado en antologías como "Relatos de una pandemia inesperada" (2021), "Descarnados" (2022), "9 voces, antología de cuentos LGBT+" (2023), "Una sombra que me acecha" (2023), entre otras.

APETITO DESTRUCTIVO

Axel esperaba ansioso frente a la puerta de su departamento. Claro, si al cuartucho que compartía con sus amigos se le podía llamar así. Apenas tenía tres habitaciones y, una de esas, era el baño. En una guardaban las cosas de la banda y en la otra vivían hacinados. Por supuesto que aquello les incomodaba, pero tristemente el dinero no les daba para más. Con suerte tenían para comer. La situación era dura, difícil, pero sus sueños eran mucho más grandes. Para los cuatro la banda lo era todo.

Axel tenía los ojos abiertos al máximo mientras su pierna temblaba como un chihuahua asustado, se incrustaba las uñas en la palma de sus manos y su mente no paraba de contar los minutos. ¿Cómo alguien se podía demorar tanto en ir a comprar una puta revista? Ese día cumplían un logro, todo debía salir bien, pero parecía que otra vez el mundo estaba en su contra. Luego de meses de esfuerzo y recitales gratuitos, finalmente consiguieron que un periodista se dignara a escribir una crítica sobre ellos. Tendrían una nota completa en *Indómita*, la revista sobre música más leída de Santiago. Aquel día saltarían a la

fama, por fin obtendrían el reconocimiento que tanto merecían.

Los otros miembros de la banda estaban sentados a su lado casi igual de impacientes. A su izquierda, sentado sobre el respaldo del sillón, estaba Roberto, el baterista, un alto y atractivo hombre de cabello rubio. Y a la derecha, limándose las uñas, Pablo, el mejor bajista de Concepción. Él era lo opuesto a Roberto: su estatura era mediana, usaba lentes y tenía el pelo corto y erizado.

—¿Por qué *cresta* el Pato se demora tanto? Era ir a buscar la *hueá* no más, no pegarse una vuelta por todo el centro —exclamó Axel, pateando una lata vacía de cerveza.

—*Tranqui*, ya debe estar subiendo —dijo Roberto antes de encender un cigarrillo.

Axel estuvo a punto de responderle de la peor manera posible, pero entonces sintieron las llaves al otro lado de la puerta. Segundos después entró Patricio y enseguida los tres se levantaron de su asiento.

—¡Por fin! —gritó el bajista con los brazos abiertos.

—¿*Veí* que venía subiendo?

El cantante del grupo comenzó a disculparse en cuanto ingresó al departamento, mas Axel ni siquiera se detuvo a mirarlo. Fue directo a quitarle la revista de las manos para luego volver a sentarse y buscar la tan anhelada crítica. Nadie dijo nada por su reacción, solo se sentaron a su alrededor e intentaron leer...

Con solo ver el título Axel quiso llorar. En cuestión de segundos su mueca se rompió en mil pedazos y sus compañeros lo notaron de inmediato. **“APETITO DESTRUCTIVO: Lo que pasa cuando le dices a unos niños que saben tocar rock”**, rezaba con enormes letras negras el encabezado de la página setenta y ocho.

Todos quedaron estupefactos, helados e inertes. El silencio fue tal que incluso alcanzaron a oír los gritos del viejo que vivía en una carpa afuera de su edificio. “Es una broma”, pensó Axel mientras sus ojos se arrastraban, desesperados para seguir leyendo. “No puede ser verdad, no, no. ¡Me niego a creer esta mierda!”.

Roberto fue el primero en darse cuenta como el guitarrista se fue descomponiendo, cómo sus manos apretaron la revista con rabia y luchaba consigo mismo para no destrozarla y ponerse a gritar mucho más fuerte que el vagabundo loco de la esquina. El baterista colocó su mano en el hombro de Axel en señal de consuelo, pero este movió su brazo de golpe, ya que no quería su estúpida compasión. Solo deseaba terminar la crítica para saber cada basura que dijeron de su grupo y luego prenderle fuego al inmundo papel en donde pisotearon sus sueños, llamar al cerdo asqueroso que lo escribió y decirle que podía meterse todas sus palabras en la *raja* porque ni él ni sus amigos dejarían de tocar por el comentario de un *saco hueas* que no tenía idea de música.

Cerca del final, cuando Axel estaba al borde de las lágrimas, Pablo decidió levantarse porque su corazón no era capaz de seguir leyendo. Él sabía que no eran la mejor banda de Chile, ni que tenían letras completamente originales como para hacer un antes y un después en la historia de la música, pero sí sentía que tocaban decente, que sonaban bien en conjunto y que la gente disfrutaba sus presentaciones de forma auténtica. Para Pablo no eran los mejores, pero tampoco los peores.

Mientras los otros sufrían, Patricio los miraba en silencio, apoyado en el marco de la puerta. Él ya sabía lo que decía la nota porque la leyó antes de entrar. Estuvo más de veinte minutos sentado en las escaleras pensando en qué decirle a sus compañeros una vez que conocieran la tan violenta crítica.

Axel y Roberto terminaron de leer e instantáneamente la revista cayó al suelo. Ridículos, más de lo mismo y falta de originalidad fueron algunos de los comentarios que los dejaron perplejos. Sin embargo, el que más le dolió a Axel, fue aquel que señalaba que las letras de las canciones — escritas por él — eran nefastas, pretenciosas, obscenas y repugnantes en exceso. Patricio dijo algo para romper esa densa atmósfera fúnebre, pero el guitarrista no lo escuchó porque, en su mente, había viajado en el tiempo. En cada línea del artículo, implícitamente, Axel oyó la voz de su padre diciéndole que no se dedicara a la música, que los artistas eran unos muertos de hambre y que, si planeaba

dejar la universidad para ponerse a jugar con su guitarrita, mejor se fuera de la casa y dejara de ser su hijo. Todos los gritos y golpes de su padre volvieron como una frenética tormenta borrascosa. Recordó cuando ese hombre tiró a la basura los discos de los *Guns and Roses*, *Queen*, *Kiss* y *Bon Jovi* que su madre le obsequió antes de irse de la casa sin decir nada. Se acordó cómo soportó por años que él hablara mal de la mujer que no solo le dio la vida, sino también una razón para vivirla.

Axel miró a su alrededor para ver las ventanas sucias, las paredes manchadas, las botellas de cerveza apiladas en un rincón y sintió que cada cosa que dijo su padre era cierta. “Soy un inútil. Jamás voy a lograrlo, nunca seré exitoso. No soy nada, no valgo, no sirvo, no puedo hacer nada bien”.

—...me dolió *caleta*, pero salgamos. Vayamos a comer algo —dijo Pablo con la voz quebrada.

—¡Sí! Vamos y nos comemos la *terrible* pizza con unas *chelas* —agregó el cantante —. *Ya po*, Axel. Responde.

—Vayan ustedes. Quiero estar solo.



Los siguientes días en el departamento fueron tristes y silenciosos. Ninguno tocó sus instrumentos, excepto Axel. A pesar de que el pobre estuvo días encerrado en el “estudio” escribiendo canciones y practicando hasta que

sus dedos sangraron, su esfuerzo fue una pérdida de tiempo. Por culpa de la nota la gente comenzó a pensar lo mismo de ellos. En menos de una semana perdieron más de la mitad de sus seguidores en todas sus redes sociales y cada vez asistía menos público a sus presentaciones, las cuales rápidamente se volvieron mucho más difíciles de conseguir.

Luego de un mes completo sin funciones, la dueña de un pequeño local ubicado en el barrio Bellavista, se apiadó de ellos y decidió darles una nueva oportunidad contratándolos por una noche. *El Enjambre* era un *pub* que, aunque no era muy conocido, tenía artistas invitados todos los sábados. Se trataba de un recinto de dos pisos que de inmediato capturaba la atención gracias a su fachada oscura y sus ventanas rojas. De lejos parecía una mancha de alquitrán en medio de tanta alegría. El público que asistía a ese lugar era muy diverso porque los invitados variaban mucho entre semana y semana. En una podía presentarse un grupo de jazz clásico y a la siguiente un *DJ* de música electrónica, así captaban la atención de distintos tipos de gente y se aseguraban de tener el sitio lleno cada semana.

Mariana, la dueña, había escuchado a *Apetito Destructivo* en una tocata mucho antes de la nota que terminó arruinándolos y, sinceramente, le habían gustado bastante. Incluso pensó en preguntarles si querían tocar en su local, pero en ese momento tenía las fechas ocupadas durante al menos dos meses.

—No son los mejores—les dijo—, pero tienen esa chispa que cada vez cuesta más encontrar. Vengan, es una oportunidad única.

Cuando recibieron la propuesta de Mariana, los cuatro se tomaron en serio su noche en *El Enjambre*. Fueron al todo o nada. Desembolsaron hasta sus últimos ahorros y los gastaron por completo en publicidad, mandaron a hacer hermosos afiches que luego colocaron por toda la ciudad, repartieron folletos y encargaron chapitas con el nombre de la banda para venderlas después de la actuación. Para compensar su falta de rutina, practicaron toda la semana, ensayaron día y noche para que les saliera perfecto, pero, por sobre todo, para demostrarle a los demás lo equivocados que estaban.

Llegaron al local con tres horas de anticipación, ya que querían que el *show* les saliera impecable. Examinaron minuciosamente el lugar donde actuarían, revisaron las luces, probaron el audio y luego practicaron hasta que les dijeron que pararan porque era hora de abrir.

Al principio se sentaron en una mesa como si fueran meros clientes, pero, a medida que se acercaba la hora de presentarse y veían que no llegaba mucha gente, prefirieron esperar en su camarín para no deprimirse e ir predispuestos a fracasar.

Apenas subieron al escenario, agradecieron que las luces les impidieran ver cuántas personas habían llegado. Para demostrar que venían en serio desde el primer ins-

tante, abrieron el recital con su arma secreta, con su más grande orgullo: *Perro Negro*, la canción favorita de los cuatro. En cuanto Roberto marcó el compás con las baquetas, todos se convirtieron en otros. Patricio pareció volver a tener quince años y empezó a saltar por el escenario, reflejando las luces en su calva perfecta. Pablo tocó los acordes con una pulcritud y precisión técnica propia de un profesional de un conservatorio. Sin embargo, quien se robó el espectáculo fue Axel. Sus rizos negros se sacudían cada vez que atinaba una nota, en su pálido rostro se leía la letra de la canción, la melodía sacaba chispas en sus ojos y el solo de guitarra le salió tan bien que incluso sus compañeros quedaron boquiabiertos.

Apetito Destructivo brilló como nunca antes esa noche. No obstante, cuando terminaron de tocar su primera canción, notaron que apenas había nueve personas en el público. Sus rostros se vinieron abajo en cuestión de segundos. Haciendo todo lo posible para que el escenario no se empapara con sus lágrimas, tocaron las otras cuatro canciones que tenían preparadas, pero, aún así, todos se percataron de que estaban tristes. Para la tercera canción ya nadie les estaba prestando atención, los clientes se habían retirado a compartir en sus respectivas mesas contando chistes sobre ellos en voz baja. Los integrantes de la banda se rindieron a la mitad de su última canción y luego dieron las debidas gracias solo por cortesía.

Bajaron del escenario casi corriendo y ninguno tuvo ánimos de hablar mientras guardaban sus instrumentos. Ellos pensaron en irse sin avisar porque no aguantaban más tanta humillación, pero Mariana los pilló en el pasillo del camarín y, después de un largo rato conversando, los convenció de recibir un pequeño pago extra, les dijo que eligieran una mesa y aceptaran una ronda de tragos de los que ellos quisieran. Pronto la banda cambió de opinión, ya que se dieron cuenta de que cualquier cosa era mejor que llegar a deprimirse a su deplorable departamento.

Escogieron una mesa cerca de la entrada, pero Axel se sentó aparte, al fondo del local. En otras circunstancias, Roberto lo habría *puteado* por comportarse como un niño y Patricio hubiese ido a sentarse con él aunque no quisiera, mas, como todos estaban igual de tristes, nadie le prestó atención. Simplemente lo dejaron irse. No obstante, su soledad no duró mucho.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Mariana, trayendo consigo una copa de vino.

—Dale no más —respondió con los ojos cerrados para que no viera que estaba llorando. Al pararse para hacerle espacio aprovechó de eliminar la evidencia.

—Imagino que fue una noche dura... Te pido disculpas, quizá me faltó difusión.

—No, tranquila. Nosotros nos movimos más que la cresta, si no vino nadie es porque no nacimos *pa'* esta *hueá*

—“O más bien, yo. Los cabros tocaron la *raja*”, pensó—. Al menos tú lo disfrutaste.

—Lo hicieron demasiado bien. ¡El solo del principio te salió excelente!

—Ya, ¿tan mal me veo como *pa'* que vengas a mentir *pa'* subirme el ánimo?

—No estoy mintiendo.

—¿Cuál te pagó? ¿El Pato? Ese *hueón* siempre quiere hacerme sentir bien.

—Axel, digo lo que pienso... Yo creo que tienen hartó potencial.

—Potencial sí. El problema son mis letras, es lo que más nos critican. Pretenciosas, vulgares, repetitivas y bla bla blá —dijo antes de tomarse el resto del contenido de su vaso.

—Yo creo que son buenas. Son pegadizas y reflejan su identidad, pero sí siento que les falta algo... —dijo mirándolo directo a los ojos y segundos después una mesera llegó con una botella de vino. No dijo nada, solo dejó la botella y se fue cuando Mariana le sonrió—. Algo cómo... Ay, no sé cómo decirlo.

—Dilo no *má'*. Ya sé que no tengo talento, que no sirvo *pa'* ni una *hueá*. Escribo pura mierda.

—¡Decisiones! Eso te falta: tomar las decisiones correctas.

—¿Cómo? —preguntó, mientras ella rellenaba los vasos.

—Decisiones, Axel. Decisiones —repitió incitándolo a beber. Él agarró su vaso con cierta timidez y Mariana chocó las copas antes de tomar un gran sorbo.

—¿Qué tipo de decisiones? —preguntó sirviéndose otro vaso, aunque el primero seguía quemando su garganta.

Mariana se acercó y bajó el volumen de su voz para que nadie más los escuchara.

—¿Conoces a los *Guns N' Roses*? —dijo y él la quedó mirando con las cejas arqueadas.

—¿Qué crees tú? Me llamo Axel y tengo una banda.

—¿Entonces sabes que se formaron a partir de dos grupos?

—*Hollywood Rose* y *L. A. Guns*. En una estaban Axl e Izzy y los demás en la otra, pero, ¿qué tienen que ver conmigo? ¿Me dices que mejor me vaya de *Apetito*?

—Mmm... no necesariamente. Lo que yo digo es que los *Guns* tomaron una decisión. Y no solo ellos. Billy Idol, Jim Morrison, Kurt Cobain y muchos otros también. Ellos, los grandes, las consagradas leyendas del rock, tomaron una decisión que los llevó al estrellato, hicieron lo necesario para cumplir sus metas. Pero la pregunta es, ¿tú eres capaz de hacerlo?

Axel observó a Mariana confundido, tratando de encontrar la relación entre su banda de mala muerte y aquellas estrellas inmortales. Sin embargo, el silencio fue lo único que sus ojos pronunciaron.

—Me perdí. ¿De qué estamos hablando?

—Axel, ¿sacrificarías tu propia vida con tal de cumplir tus sueños?

—Ok, tomaste mucho —dijo, quitándole la copa y ella lo agarró del brazo.

Axel intentó soltarse, pero se enfrentó a los ojos de Mariana. Su mirada fría, oscura y penetrante. Enseguida supo que ella no bromeaba.

—¿No te provoca ruido que su primer álbum logró vender más de treinta y dos millones de copias y posteriormente se convirtió en el más vendido de la historia del rock? Si te das cuenta, todas las grandes estrellas tienen ese tipo de coincidencias extrañas. Por ejemplo, la muerte de Kurt Cobain, además de que lo encontraron con los puños cerrados y la forma en que se disparó era anatómicamente imposible, tardaron más de diez días en encontrarlo y eso que estaba en su propia casa. Las portadas de *Led Zeppelin* estaban plagadas de símbolos ocultistas, sin contar la *groupie* que fue obligada a tener sexo con una cría de tiburón. Y si quieres algo aún más explícito: 2008, Sao Paulo. Zack Wylde hizo un solo de guitarra, a pesar de que su mano no paraba de sangrar.

—Solo son *hueones* raros, c...coincidencias.

Mariana ignoró sus palabras y siguió hablando con la misma intensidad con la que un condenado suplica que no lo lleven a la silla eléctrica.

—Pero sigamos con los *Guns*. Hablemos de la canción *Sweet Child O'Mine*. Supuestamente es un poema que Axl le escribió a Erin Everly, el ritmo partió de una broma de Slash y dicen que la incluyeron en el álbum solo para rellenar. Pff... Por favor, nadie se cree esa estupidez. Es imposible que la agregaran por una razón tan ridícula. ¿Recuerdas de qué se trata?

—De una *mina*.

— ¿Y qué dicen de ella?

—Que la ama, básicamente. Dicen que es linda, que tiene ojos azules, pelo cálido, sonrisa perfecta y no me acuerdo qué más.

—Mires por donde la mires, es un tributo, una alabanza. Y estaba en su primer álbum, el álbum que los catapultó a la fama.

— ¿Y qué pasa con eso? ¿Qué tiene de especial? —preguntó impaciente, casi rozando los labios de Mariana.

Entonces sintió su aroma, una exquisita mezcla de mar y flores muertas.

—Saltémonos unos discos, años de conciertos y llegamos a *Use your Illusion I*, el segundo disco más vendido de los *Guns*. Aquí tenemos la canción *Back off Bitch*. ¿Te acuerdas de esa?

—No mucho... pero creo que igual es de una *mina*.

—Se podría decir que sí, pero este es un amor maligno, negativo, tóxico. A diferencia de *Sweet Child*, que estaba en su primer álbum, *Back off* trata más bien de una obsesión,

una obsesión que *ella* tiene por él, ¿entiendes? La denigra, la odia. *Face of an angel with the love of a witch.*

— ¿Y qué tiene de raro?

— ¿Todavía no lo ves? Hay una frase que lo dice todo. *I said it's time for me to even the score, so take your claim...*

— *Your claim... to... to... fe... ¡Fame!*

— *But baby, call another name.*

— Na... ¿me estás hueveando?

— No digas que sigues creyendo que es una coincidencia ¡Más evidente no puede ser! Ellos querían triunfar, ganar plata y *Eso* se los entregó, pero parece que con el tiempo se dieron cuenta de que las cosas no eran tan simples como las pintaban. Ellos quisieron parar, “abandonarla”. Sin embargo, ya le pertenecían a quien sea que contactaron.

— E... entonces yo... te... tengo que... —intentó decir, pero antes de alcanzar a terminar, Mariana colocó sobre la mesa una pequeña agenda de cuero de color negro. La tapa estaba sucia, los bordes gastados y sus hojas lucían bastante descuidadas.

— Todo lo que necesita saber está aquí.

— ¿M... me est... á... s di... diciendo que...

— Yo no digo nada. Quien debe tomar la decisión eres tú y solo tú. Si quieres, claro. Puedes saborear la gloria o seguir pudriéndote en tu miseria esperando algo que jamás pasará. —Mariana acabó de hablar y bebió lo que

quedaba de su copa. Luego se levantó en silencio y empezó a caminar.

— ¡Ma... Mariana!

— ¿Qué? —dijo, dándose la vuelta arisca y enojada, como si nunca hubiese hablado con él.

— ¿Por qué? —musitó con el cuaderno en sus manos.

— ¿Por qué qué?

— Esto... yo... ¿Por qué?

— Simple: amo la buena música.

Mariana se perdió detrás de la barra y Axel permaneció ahí, procesando todo lo dicho. No sabía si era por efecto del alcohol o por la mala racha de *Apetito Destructivo*, pero entre más pensaba en las palabras de la dueña, más sentido les hallaba.

Era demasiado raro, sí. Sonaba como una leyenda urbana de mal gusto, también. Mas, ¿qué otra cosa podía hacer? Ya había intentado todo. La banda completa había sudado lágrimas mientras practicaban día tras día y aún así las cosas no mejoraban. Pablo estaba frustrado, al punto de contemplar la idea de dejar de tocar para siempre. Roberto temía que los echaran por no pagar el arriendo y Patricio... Bueno, él era Patricio, un tiro al aire, nada le importaba. Sin dudas las cosas ya no eran como cuando recién llegaron a Santiago, ninguno era la misma persona y la situación era cada vez peor.

Mariana había aparecido de la nada, trayendo consigo una solución. Una bastante peligrosa en el caso de que

fuera cierta, pero solución al fin y al cabo. Era cosa de atreverse no más. Si lo hacía, tenía el futuro asegurado, podría refregárselo en la cara a su padre, al crítico de la revista *Indómita* y a todas las personas que nunca creyeron en él. No obstante, por más que quisiera, en el hipotético caso de ser real, ni siquiera era una opción.

Si él triunfaba sería por su talento. Tarde o temprano sus letras mejorarían. Era cosa de no perder las esperanzas. Mientras tuviera a su banda, todo estaría bien.

Axel abandonó su mesa y fue a donde sus amigos, pero no los encontró. Ciertamente había mucha más gente que cuando tocaron, pero tampoco tanta como para no verlos.

Los buscó por todo el local y, una vez que se aseguró de que no estaban, le preguntó a una mesera si los había visto.

—Se fueron hace diez minutos, si corre de seguro los alcanza.



Como todavía se tambaleaba y perdía el equilibrio, el guitarrista tuvo que agarrarse del pasamanos para subir las escaleras. Sentía un calor insoportable, los ruidos de la calle le parecían lejanos y los escalones no paraban de moverse, mientras una inmensa angustia aullaba en su corazón. El pecho le dolía, no sentía su pulso. La mente de

Axel estaba a punto de perderse en sí misma cuando la puerta del departamento apareció frente a él como una aparición divina. Con mucha dificultad colocó las llaves en la cerradura y, antes de entrar, escuchó las voces del otro lado. La curiosidad lo detuvo e inmediatamente apegó su oreja para oír mejor.

—Mañana mismo empezamos a empacar —sentenció Roberto.

—¿*Cabros*, están seguros? —preguntó Patricio—. Piénsenlo bien. Todavía tienen la cabeza caliente...

—*Hueón*, con suerte alcanzamos a pagar esta *cagá* de piso y ya no ganamos ni uno por tocar. No sé si te *dai* cuenta, pero estamos *pal pico*.

—Ya ni siquiera lo estamos disfrutando —agregó Pablo.

—Sí, sí, lo sé, pero podríamos esperar un poquito más. Hoy actuamos, no fue mucha gente, pero algo es algo. Además, el Axel todavía no sabe que nosotros hablamos sobre separarnos.

—No es nuestra culpa *po*. Él se la pasó encerrado intentando sacar esta *hueá* a flote cuando es obvio que ya no resultó.

—Pero, Berto, son sus sueños. Él ha dado todo por la banda, él consiguió que tocáramos hoy. ¿Cómo vamos a decirle eso de golpe?

—Pato, de los sueños no se vive —dijo Pablo—. Yo ya estoy chato, prefiero volver donde mis viejos y terminar mi carrera que seguir *hueveando* acá.

—No sean tan egoístas *porfa*. Piensen en él —y antes de que alguien le respondiera, Axel entró.

—¿Qué *hueá*? ¿Por qué me miran tanto?

—Creímos que no ibas a llegar —respondió Pablo sin cruzar miradas.

—¿Y por qué no iba a llegar?

—Porque *estabai* métale besos con la mina del local, ahora entiendo por qué nos contrataron, pero supongo que era la *hueá*. No metan ruido que voy a dormir.

—Por dos —dijo Pablo y Patricio entendió que todavía no le dirían que planeaban irse.

—*Tranqui*, yo igual quiero puro dormir —mintió.

Los cuatro acomodaron sus colchones en la sala y tres de ellos cerraron sus ojos plácidamente. Axel los mantuvo abiertos, fijos en un punto en el techo, a pesar de que su mente daba vueltas y vueltas por culpa del alcohol. Ahora no solo pensaba en las palabras de Mariana, sino también en las de sus amigos. En el fondo, él sabía que ellos tenían razón, pero no podía desistir. No ahora. No después de tanto tiempo.

No después de tantos sacrificios...

Axel esperó a que sus amigos se durmieran antes de encerrarse en el estudio a leer la excéntrica agenda que le habían entregado. En absoluto silencio prendió la luz de la

pieza y luego se sentó en un rincón en donde leyó con atención, analizando detalle por detalle. A medida que avanzaba, su contenido era cada vez peor, cada vez más ruín y repugnante, cada vez más sucio, pero como todavía estaba ebrio, apenas le importó.

Cuando encontró la parte que buscaba con ahínco ya tenía el estómago revuelto. “Invocación” lucían unas letras que parecían la firma de un doctor. Enseguida se puso manos a la obra. Literal.

Axel estuvo más de dos horas masturbándose en el baño a fin de sacarse hasta la última gota de semen posible. Pensó en porno y en Gabriela, su última polola, la chica con la que rompió justo antes de irse de Concepción. Al pensar en ella estuvo a punto de ponerse a llorar, pero entonces imaginó a su banda sobre el escenario, a Roberto, Pablo, Patricio y él desnudos bajo los reflectores, tocándose y lamiendo sus cuerpos con rabia y desenfreno, mientras Mariana los observaba con una oscura sonrisa infinita.

Una vez que se sacó todo el fluido posible, regresó al estudio en compañía de su máquina de afeitar. Con sumo cuidado le quitó una de las navajas y rápidamente rasgó sus brazos de forma vertical para sacarse sangre, la cual luego depositó en el mismo envase que contenía su semen. Llenó lo que faltaba del recipiente y cubrió sus heridas con dos pañoletas que estaban por ahí tiradas. Combinó ambos fluidos con una cuchara hasta obtener una espesa,

pero hermosa mezcla de color rosa que no daba indicios de sus peculiares ingredientes.

Después la colocó a hervir en la pequeña cocinilla con la que sobrevivían. La puso a fuego rápido para acelerar el proceso.

Poco a poco comenzó a salir el vapor que envolvió al guitarrista. Su aroma era extraño, pues no se asemejaba a ninguna de las cosas que contenía. Olía a limón, chocolates y merengue.

—*In nomine dei nostri sanctus Tenebris excelsi* —susurró sin saber si pronunciaba las frases correctamente—. *Posside corpus hoc et mentem istam, quae tibi puram cultum reddunt et coram tua praesentia genuflectunt.*

Aguantando la respiración. El joven esperó un par de segundos a que ocurriera algo, pero, como no pasó nada, prosiguió.

—*Venit ad me et da mihi virtutem* —dijo mientras comenzaba a sentir un aire frío lamiendo su espalda—. *Exercitus veritatis venite ad me et recipe me, illumina me et permitte me ad tuum exercitum fortem. ¡Da mihi potestatem!*

Pasaron varios minutos sin que sucediera nada en especial. Es más, cuando el joven dejó de hablar todo quedó en perpetuo silencio. Incluso los ruidos de la calle se apagaron.

Nada. Ni los perros.

En tanto la pequeña llama de fuego se extinguía, Axel empezó a llorar como un bebé. Vio sus brazos heridos, el

recipiente, la cuchara y la navaja ensangrentada y se sintió estúpido, más patético que nunca. ¿Cómo había podido creer en algo así? El pobre soñador siguió esperando hasta que se dio por vencido y empezó a recoger sus cosas antes de que despertaran sus amigos. No obstante, de pronto, escuchó la respiración de alguien más. Era leve, casi inexistente. Despacio levantó su cabeza e inspeccionó cada centímetro de la habitación. Entonces la vio flotando en el último rincón, al extremo de la pieza. Al principio creyó que solo era demasiado alta, pero luego notó que no tocaba el suelo, los muñones que tenía en lugar de pies levitaban sobre ese piso mugriento. Flotaba como si el mundo no fuera digno de su tacto.

La mujer estaba de pie completamente desnuda, su piel era oscura, gris, carecía de senos y era tan delgada que tenía las costillas a flor de piel. Axel la miró atónito, sin creer lo que observaban sus ojos. Sin embargo, al ver su rostro, de inmediato una canción vino a su mente. Una canción de su infancia, una canción que su mamá cantaba siempre.

"She's got a smile that it seems to me", recordó, percatándose de que la cosa tenía una sonrisa hermosa, con los mismos labios que Mariana.

"She's got eyes of the bluest skies", pensó viendo los enormes ojos azules, muy parecidos a los de Gabriela; tres ojos azules que no paraban de hablarle.

—*Her hair reminds me of a warm safe place* —tarareó en voz baja, sorprendido al ver que tenía el pelo largo y ondulado, idéntico al de su madre.

Por más que quiso tenerle miedo, le fue imposible. *La monstrea* era demasiado bella. Demasiado familiar.

“¡Es *Ella!*”, pensó. “Sí o sí debe ser *Ella*”.

—*Sweet child o' mine...* —cantó en voz, observándola fijamente.

La criatura alargó sus manos como un elástico y rodeó su mentón con sus gigantescas uñas rojas.

—¿Qué quieres, corazón? ¿Para qué me necesitas? —dijo sin mover su boca.

—É... éxit... to... Qui... quiero fama, e... escribir las mejores canciones para que todos escuchen mi banda. Te juro que te daré lo que quieras, haré cualquier cosa, pero por favor ayúdame. ¡Lo necesito! ¡Es la única *hueá* que siempre he querido!

El hombre terminó de suplicar y *Ella* sonrió mostrando su dentadura perfecta e impoluta.

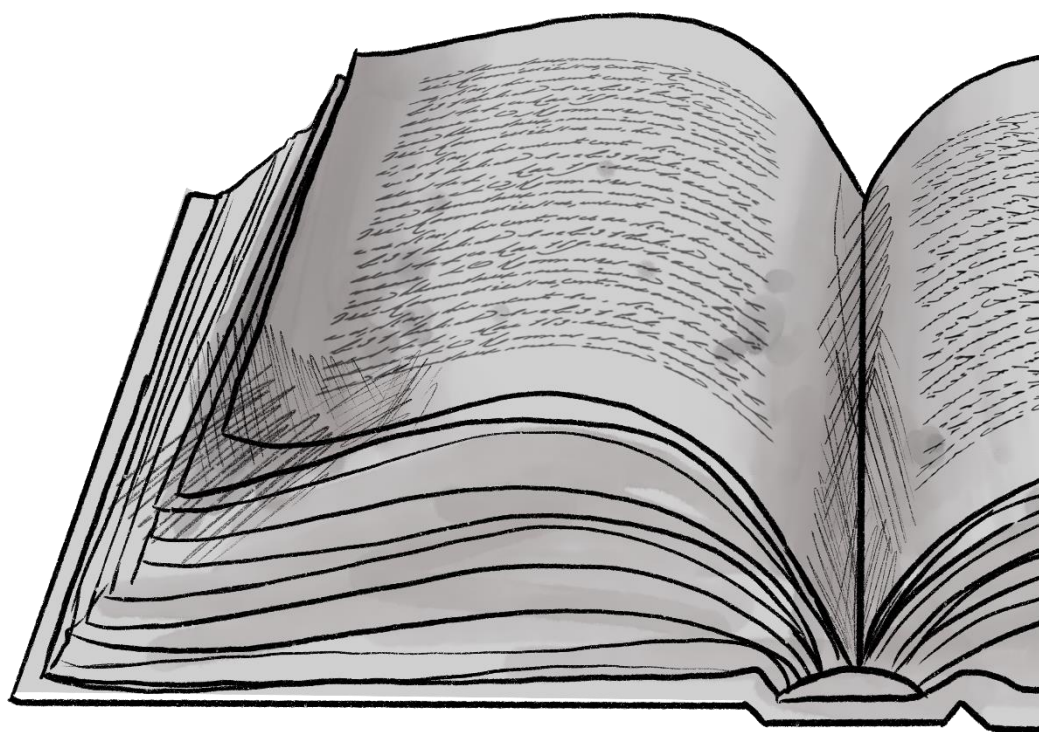
Lentamente bajó al piso para después caminar hacia su lado. Le acarició la espalda con sus garras para que se tranquilizara y dejara de temblar, pero solo logró alterarlo más. Besó su nuca sudada con la delicadeza propia de una madre, le acercó la agenda donde venían las instrucciones del ritual y luego le ordenó que comenzara a escribir en ese preciso instante. *Ella* empezó a susurrar cosas en su oído y Axel las anotó llorando de emoción. Las palabras

entraban por sus oídos como un río de miel cálido y adictivo, pero, al mismo tiempo, taladraban su mente devorándola por completo. Penetraban su alma y le rasgaban los tímpanos. Aunque aquella voz era la más dulce que había escuchado en su vida, sus orejas no paraban de sangrar. Sin embargo, Axel veía feliz como su sangre se unía con la tinta del lápiz y juntos trazaban la base de su esperanza. Él no sentía que fuera suya. Era la sangre de su padre, del crítico, de la gente que no asistió al recital, de sus amigos que planeaban abandonarlo.

Esa era la sangre de todos los que se oponían a él y a sus sueños.

Cada segundo dolía más que el anterior, pero aún así no le pidió detenerse porque sabía que las palabras de *Ella* eran oro puro. Genialidad absoluta.

El éxito ya era suyo.





Investigar sobre mitología me ha hecho cuestionarme muchas cosas en la vida. Una pregunta frecuente —mi favorita— es: ¿las leyendas envejecen?



Asumo que la longevidad de las viejas historias solo aumenta a medida que los humanos las olvidamos, cuando comienzan a verse acorraladas por la nada, amenazadas en convertirse en parte de ella. Y la peor —o mejor— parte, es que aquellas historias que cualquiera desearía olvidar, son las que tienen más probabilidades de nunca ser condenadas al olvido.



*Natalia P. Órdenes ha encontrado con **El vástago de Cai Cai**, la forma de recordarnos que los relatos ancestrales pueden llegar a ser pesadillas muy reales que jamás se irán.*



EL VÁSTAGO DE CAI CAI
NATALIA P. ÓRDENES



NATALIA P. ÓRDENES

Nacida en Requinoa el 7 de marzo de 1988.

Enfermera de profesión, apasionada de las artes, gracias a la influencia de su familia. Desde pequeña, el mundo de los libros la cautivó, motivándola a escribir sus propias historias, muchas de las cuales aún se mantienen guardadas en un cajón. Autora del libro *Alma y cuatro elementos*, su ópera prima y novela de fantasía, continúa escribiendo, manteniéndose abierta a participar en nuevos proyectos.

EL VÁSTAGO DE CAI CAI

Mis padres, artistas por naturaleza, y gracias a cinco años de carrera universitaria, habían decidido huir del caos capitalino y residir de forma permanente en el sur. Eso significaba terminar mi último año escolar lejos de mi colegio y amigos. Pero, aunque eso no era de mi total aceptación, no tenía más opción que acatar, mientras no cumpliese los dieciocho años y pudiese independizarme, trabajar y estudiar la carrera que quería: Ingeniería en realidad virtual y diseño de juegos digitales.

— Aún no entiendo por qué esa carrera — dijo mi madre mientras cargaba una enorme caja hacia la calle.

— ¿En estos doce años aún no te das cuenta de que no saqué ningún dote artístico de ustedes? — rezongué, quitándole la caja de las manos.

— Sí, pero...

— Déjenme al menos decidir qué hacer con mi vida después de este último año escolar. Sabes que, si fuese por mí, me quedaría con mis amigos y no en el último lugar del mundo. ¿Tendremos wi-fi?

— Simón — regañó mi padre pasando a un lado con otra caja —. Mientras sigas con nosotros, viviendo bajo el mismo techo, no hay protestas, ¿oíste?

— Conocerás a la Muriel, tan linda que es esa niña.

Al fin, pensé.

El camión de mudanzas, estacionado frente a nuestra ahora vieja casa, cerraba sus puertas rebosado con el taller de mis padres en cajas y más cajas. Lo máspreciado para mí, sólo era la computadora.

Viajar en auto más de quince horas fue agotador. Deseaba con toda mi alma llegar y recostarme en una cama blandita y caliente en cuanto pisáramos tierra chilota.

Otra de las razones del por qué habíamos venido hasta aquí, era por mama Ilse, mi abuela materna. Añosa desde que tenía recuerdos, ya no razonaba como antes, y a mi madre le preocupaba que siguiese sola tan lejos de ella; no tenía más hijos, siendo nosotros su única familia. Vivía en una casa de palafitos con varias piezas extras, lejos de Castro; exactamente en Quellón, donde mamá no paraba de contarme que terminaba la carretera panamericana, que empezaba en Alaska.

Ya sin saber en qué posición estar en los asientos traseros, mi teléfono recibió un mensaje. Nico era uno de mis amigos que quedaban en Santiago, y que, por ahora, sólo podría contactarme por internet.

Nico Ruiz

Maldita sabandija, ¿que ya no tienes trasero?

Simón

Como tú siempre andas por la vida.

Nico Ruiz

Sí, sí... Oye, ¿por qué no le escribes a la Vivi Domínguez?, tiene mi bandeja de entrada llena de mensajes. ¿Puedo darle tú número nuevo?

Simón

Ni se te ocurra.

Nico Ruiz

Es intensa, no para de preguntar a dónde te fuiste.

Simón

Eso tampoco se lo digas; sería capaz de venir a pie.

Nico Ruiz

Jajaja.

¿Puedo decirle que la famosa Muriel es tu polola?

Simón

Te mato, y no lo somos.

Nico Ruiz

Hombre, ¡¡llevas enamorado de ella desde hace más de una década!!

Pasé un rato en la conversación por chat. La detuve mientras pensaba en mi tonto enamoramiento: nunca la había visto y sólo sabía de ella por boca de mi madre.

En cuanto oí a mi madre acomodarse en el asiento, dejándome ver su enorme sonrisa por el espejo retrovisor, asumí que habíamos llegado. Había pasado un largo tiempo en que no venía a visitar a mama Ilse, por lo que casi no recordaba el pueblo, sus calles, ni el aire que aquí se respiraba.

El camión de mudanza se estacionó tras el jeep, y bajé a la calle, elongando hasta las falanges de las manos.

La casa de mama Ilse era la última de la calle, sobre una pequeña loma desde donde podía verse la hermosa postal del pueblo y el mar. De cierta forma, no estaba totalmente en desacuerdo con venir aquí, no era el tipo de chico problemático con mis padres; intentaba siempre llevar la fiesta en paz mientras ellos también lo hicieran.

Cuando entramos a la casa, llegamos directo a la cocina, donde había una chica colocando una tetera antigua sobre la cocina a leña blanca rodeada de calcetines colgados. El aire olía a hiervas y humedad. En cuanto abrimos la puerta, la chica desvió la mirada hacia nosotros, sin saber qué decir.

—Tú debes ser Muriel, ¿verdad? —preguntó mi madre, quitándose la chaqueta y colgándola en un perchero en la

pared de madera gastada—. Tu madre me habló de ti. Yo soy Pilar Cadín, la hija de Ilse.

—Oh, soy Muriel Colivoro, mucho gusto —dijo, dándole la mano.

—Él es mi esposo, Miguel Ruiz de Montt, y él nuestro hijo, Simón.

Muriel sonrió, dándole la mano a mi padre y finalmente a mí, dejándome los dedos helados y con tierra. Tenía los labios rosas y las mejillas carmesí, tal como la imaginaba.

—Mama Ilse está acostada, iba a hacerle una infusión para el frío.

Mi madre nos tenía al tanto de que mama Ilse no estaba completamente sola. Tenía quien la cuidara, pero estos últimos meses, el hacerlo se había vuelto complejo; con su Alzheimer se estaba haciendo imposible que sólo una persona estuviese a su lado. A veces se escapaba de casa en pijama, sin querer volver a menos que se le prometiese un helado. En otras ocasiones, mientras se le preparaba la comida, tendía a sacar la ropa del closet y colocarse prendas, una sobre la otra, incluyendo la interior.

Cuando nos acomodamos y saludamos a mama Ilse, Muriel se despidió, dejándonos a los tres alrededor de la cocina a leña.

—Muriel no es quien cuida a mamá —dijo mi madre con una taza de infusión en ambas manos—. Regina es la encargada; cuando ella no puede venir, envía a su hija para cubrir, ¿recuerdas que te lo dije, Simón?

—Te encontrarás con ella en el colegio; ya conoces a alguien con quien puedas arrimarte, Simón.

—Suená bien, pero no hables como si fuese un árbol. Además, es primera vez que nos vemos en persona, papá.

—Simón —dijo mamá, mirándome a los ojos—. Sabemos que esto no era lo que planeabas para tu último año de colegio, y que estés molesto con nosotros es totalmente aceptable, pero sólo te pido que aguantes estos meses, luego podrás volver a la capital a estudiar esa carrera tan extraña.

—Ingeniería en realidad virtual y diseño de juegos digitales, mamá.

—Por ahora —resopló mi padre colocándose de pie—, hay mucho que ordenar, sobre todo el nuevo taller, Pilar.

Lo poco que quedó de ese día, lo pasé en la nueva pieza, instalando el computador y tratando de darle internet desde mi teléfono, pero parecía ser que hoy esa misión estaría perdida. Me recosté sobre la cama, abrazando la almohada con los ojos cerrados, y pensando en que pocas semanas más, iniciaría mi último año en un nuevo colegio. Tendría que hacer un nuevo grupo de trabajo, de almuerzo

y de uno que otro pasatiempo para poder sobrevivir sin ser la burla del colegio.

Y me dormí sin saber en qué pensamiento había quedado.



Me sentí como un bicho raro todos los minutos en que esperé que el timbre diera inicio a las clases en mi último año escolar, mientras estaba en el salón con todos los ojos puestos sobre mí. Busqué a Muriel quien estaba al otro extremo, encorvada sobre el asiento, sin voltear a verme en ningún momento. Los días que podía verla en casa, se escabullía evitando verme a la cara y respondiendo con monosílabos cualquier conversación que yo iniciase.

En cuanto a la presentación frente a mis nuevos compañeros, gracias al cielo fue breve, sin tener que pasar al frente para hablar. Algunos chicos se acercaron, conversamos, y con varios coincidimos en los mismos gustos. Entre charlas, comenté que conocía a Muriel y todos se quedaron en silencio, sin siquiera voltear a verla.

—Es justo que lo sepas —dijo Rafael, el único rubio de todo el salón.

—¿Saber qué? —Fruncí el ceño.

—Dicen que encontró excrementos amarillos afuera de la puerta de su casa —susurró.

—¿Excrementos? ¿Quién fue el idiota? —dije sorprendido.

—Olvidamos que eres capitalino. —Rieron algunos—. ¿Has oído sobre la leyenda del Trauco?

Los vi con la intención de reírme, pero todos seguían serios.

—¿Es una broma, cierto?

—No puedes acercarte a ella o él te va a matar con su pahueldún.

—También han visto que todas las noches deja un saco de arena en su velador.

—¿De verdad creen en todas esas cosas? —Reí mientras la veía solitaria en un rincón.

—El escepticismo es lo tuyo —dijo Rafael—. Eres uno de los pocos capitalinos que no cree en leyendas.

—Me han dado una idea para hacer un videojuego, la verdad.

Todos rieron, y algunos se tomaban la cabeza mientras rodaban los ojos. Y es que creer en cuentos de hadas o historias de terror no era lo mío, yo era objetivo, preciso y conciso.

El primer día escolar no había estado tan mal. El curso en general era muy amistoso; tan diferentes a como serían en Santiago con el alumno nuevo.

Caminé hasta la casa de mama Ilse buscando por quinta vez en el día algún local de videojuegos. Necesitaba con urgencia mi dosis diaria con Nico, mientras nouviésemos internet. Con el teléfono en mano, y la poca señal que tenía, busqué en el mapa algún indicio de lo que buscaba, pero poco y nada podía encontrar con mi 3G. Suspiré haciendo sonar los labios, cuando vi unos pasos más adelante a Muriel, pateando una piedra una y otra vez.

Aunque no creí en todo lo que mis nuevos compañeros me habían contado, era inevitable pensar en cómo se sentía ella cuando nadie quería acercarse por una tonta leyenda pueblerina. Ni siquiera las chicas decían querer acercarse por el miedo a que el Trauco se enamorara de ellas también.

Apresuré el paso queriendo alcanzarla, cuando pateé una piedra que empujó la suya lejos de sus pies. Se detuvo y pude percibir la rigidez de su cuerpo cuando sintió que alguien parecía acecharla.

—Muriel —murmuré viendo cómo relajaba los hombros y se volteaba a verme—. ¿Vas a tu casa?

—No tienes que acercarte si no quieres —dijo comenzando a caminar, y agregando más palabras a la conversación—. No lo hagas porque te dé pena.

—N... No, ¿por qué dices eso?

—Sé que todos ya te contaron lo de la leyenda.

—Sí, pero...

—¿Entonces qué haces al lado mío? —bufó, deteniéndose mientras me miraba con el ceño fruncido.

—Narración de un suceso fantástico —dije, sonriendo.

—¿Qué?

—Una leyenda —dije comenzando a caminar—. Es la narración de un suceso fantástico que se transmite por tradición. La fantasía no es más que eso; historias sin un fundamento, de algo o alguien creado por un pueblo, un país, o quien quieras.

Sin seguir mis pasos, Muriel se quedó en silencio. La brisa de esa tarde se había vuelto fría, y sacudía mis cabellos en cualquier dirección. El sonido del mar y los pescadores riendo en la lejanía me hicieron sentir por algunos segundos, completamente solo. Volteé a verla para asegurarme de que no lo estaba.

—¿Estás bien? —pregunté, inquieto.

—Si hubiese sabido que te encontraría en el mismo salón de clases, no habría ido. Si hubiese sabido lo idiota que eres, yo no...

—¿Qué... dices?

—Vete solo —bufó, comenzando a caminar, sobrepasándome—. No me sigas, no me hables.

—Espera, ¿qué te pasa? —dije corriendo tras ella y sujetándola del hombro—. Si dije algo malo, me disculpo, pero creo que no lo hice, estoy seguro.

Molesta, se zafó de mi contacto sin dejar de caminar, y perdiéndose entre las casas de colores, desapareció, dejándome una amarga sensación de inquietud, y creo que el corazón partido en dos.

Al llegar a casa, la cocina a leña estaba encendida, con una olla de cazuela cocinándose. Sobre la mesa, mis padres habían dejado una nota diciendo que hoy pasarían la noche en Castro por una exposición importante en la que estaban trabajando.

—Genial, abandonado el primer día de clases —murmuré.

Desde el interior de la casa, pude oír el traqueteo de los muebles, y voces que se perdían entre las fisuras de la madera despintada y vieja.

—¿Hola? —dije acercándome, y viendo a una mujer adulta, recostando a mama Ilse en la cama—. ¿Regina?

—Oh, mi niño Simón, llegó temprano —dijo eufórica, mientras me daba un abrazo, y me envolvía con el aroma de la comida y las hiervas—. ¿Cómo estuvieron las clases?

¿Habr  visto a mí niña ahí? No sabíamos si compartirían clases, estaba tan contenta.

No estaba preparado para sus intensas emociones, y me costó articular palabras mientras no dejaba de hablar.

—Sus papitos salieron tempranito, y vuelven mañana.

—S , vi... la nota.

—Hoy me quedará con ustedes. —Volte  a ver a mama Ilse quien miraba el techo como si algo extraordinaria estuviese pasando all —. Mi niña también se quedará con nosotros, no puedo dejarla solita en la casa.  Se imagina?

Supe enseguida que esta no iba a ser una tarde agradable.



Sentados en la mesa, uno en cada extremo, Muriel y yo comíamos la cazuela que Regina había hecho, mientras ella le daba de comer a mama Ilse en su pieza. Creo que no volaba ninguna mosca de lo tenso que estaba el aire en la cocina. Ella no levantaba la mirada, y yo sólo quería preguntarle por qué estaba tan enojada, cucharada tras cucharada sin emitir más que el sonido del metal en el plato, golpeando la loza blanca y picada.

Mientras comía, quise recordar si en alguna de mis vacaciones en este lugar, cuando aún era pequeño, alguien

me habría contado sobre las leyendas de la zona, en particular la del Trauco. Cerré los ojos concentrando mis memorias, mientras escuchaba la voz de mi madre diciendo que siempre tenía en su mesita de noche, una bolsa con arena “*por si acaso*”.

Levanté la mirada en cuanto dejé de escuchar la cuchara en el plato, encontrando a Muriel con la cabeza gacha y las manos bajo la mesa.

—¿Estás bien, Muriel?

—¿Podrías terminar de comer y decirme cuál será mi pieza? Eres una tortuga.

Miré mi plato que aún estaba a la mitad, y empecé a cucharear como si no hubiese un mañana, evitando mirarla a los ojos.

—Listo —dije incorporándome—. Vamos.

Caminamos por el largo pasillo, oyendo el crujido de nuestros pasos sobre el piso de madera. Abrí la puerta en cuanto llegamos a su pieza, y entró dejando con urgencia la mochila sobre la cama, sacando un pequeño bulto de ella.

—¿Vas a ayudarme a desempacar o qué? —gruñó sin voltearse.

—Si quieres —dije caminando hasta ella.

—Era una ironía.

—Lo sé —reí intentando apaciguar las aguas.

—¿Entonces?

—¿Qué es eso? —pregunté sentado en la cama, sin la intención de irme.

Muriel resopló un gruñido y dejando eso en la cama, se sentó al otro lado.

—Que tú no creas en algo, no significa que no exista —dijo viéndome a los ojos y dejando a la vista una bolsa de arena—. No tienes que burlarte del resto por eso.

—Yo no quise... —murmuré sin saber más qué decir.

—Ok, disculpas aceptadas.

La miré frunciendo el ceño, empezando a considerar que quizás...

—Entonces, ¿no es una broma? —El corazón me empezó a latir más rápido en el pecho, retumbando dentro de mi cabeza.

—Tu mama Ilse te daría con un palo en la cabeza siquiera te atrevieras a preguntar eso.

—Pero estas cosas son imposibles —murmuré levantándome y empezando a caminar por la pieza—. Es absurdo, no hay fundamentos, es una fantasía.

—El excremento en la puerta de mi casa era muy real —volteé a verla escéptico.

—Tu mamá... ¿sabe? —dije sin creer que mi subconsciente hablara antes que yo.

—No.

—Eso —dije viendo el saco de arena—, ¿para qué es?

—En las noches viene a verme, y la única forma de que no haga nada es dejándole arena, es llamativa para ellos y no pueden evitar contar granito por granito, hasta que el amanecer los espanta nuevamente al bosque.

—¿Tú... lo has visto?

Tragando saliva, afirmó en un suave movimiento.

—¿Puede venir hasta acá?

—Mientras sienta mi olor, estoy condenada donde sea que esté.



Me mantuve despierto esa noche, atento a cualquier sonido que pudiese alarmarme. No me reconocía y no podía creer que yo, Simón Ruíz de Cadín tuviese la loca idea de creer en una tonta leyenda del sur. Pero me estaba costando trabajo desconfiar de Muriel; era quien cuidaba a mama Ilse y dudaba que fuese una persona de no fiar. Durante estos largos años, jamás la idealicé como una mentirosa.

Como pude, con el 3G de mi teléfono, logré leer un poco sobre la leyenda del Trauco. Que Muriel anduviese sola por las calles de Quellón cuando la noche caía me dejaba preocupado, aunque su peculiar carácter me decía

que no era una chica cualquiera y eso llamaba aún más mi atención ahora que por fin la conocía en persona. Era bonita, objetivamente hablando. Menuda, tenía el cabello castaño que llevaba en una coleta; su piel pálida se enrojecía con el calor de la cocina, sus ojos eran fuertes y sus manos, aunque trabajaban la tierra, eran suaves y pequeñas.

Mientras estaba recostado sobre la cama con ambos brazos tras la cabeza, pensaba en todo lo que estaba sintiendo ahora que Muriel no era sólo una historia de mi madre a kilómetros de distancia; ahora era real, y posiblemente corría peligro, cosa que yo no dejaría pasar.

Cogí el teléfono con la intención de seguir leyendo sobre el mito cuando el crujir de la madera me dejó congelado. Sabía que las probabilidades de que eso fuese por los cambios de temperatura eran de un 99%, pero ese 1% restante podía ser la verdad que Muriel estaba viviendo.

Descalzo, salí de la pieza, debiendo recorrer todo el pasillo para llegar hasta allí y encontrar la puerta entreabierta. Rodeé el umbral y me situé al otro lado, viendo a Muriel sentada en el suelo con ambos brazos sujetando sus piernas. En cuanto me vio, supe con sólo ver el brillo de sus ojos, de que esto no era una broma. El peso de algo golpeaba el piso al otro lado de la pieza, oculto tras la puerta. Dándole señales de que se acercara en silencio hasta

mí, Muriel obedeció, comenzando a arrastrarse lento y sin dejar de verme a los ojos.

Mientras esperaba su llegada, los latidos de mi corazón se sentían con más fuerza y mi cabeza maquinaba qué hacer después, sin saber con qué me iba a encontrar, y echando por la borda todas mis explicaciones racionales de que todo lo que creía no era real.

Para que Muriel pudiese salir por la puerta debía abrirla un poco más, chirriando tan fuerte que el mismo silencio de esa casa parecía querer desaparecer. Y en cuanto la tuve entre mis brazos, fría como un cubo de hielo, el sonido de la bolsa con la arena se detuvo.

—Sabe que ya no estoy ahí —susurró con los ojos vidriosos.

Con la adrenalina a tope, corrimos por el pasillo hasta mi pieza y nos encerramos con pestillo, guardando el mayor de los silencios. El sonido de la puerta al otro extremo de la casa se oía hasta por las tuberías, mientras el chirrido de la madera que se arrastraba por el piso lo acompañaba.

—Me va a seguir —dijo a mi lado, respirando agitada— A donde sea que vaya me va a seguir; no debí salir de la pieza.

—¿Estás loca? No te iba a dejar con eso ahí, sola.

La puerta de pronto comenzó a moverse, como si alguien quisiera derribarla desde el otro lado con furia. Las respiraciones incluso se deslizaban bajo nuestros pies.

—Hay que salir de aquí —dije, cogiéndola de la mano y caminando hasta la ventana.

—¿No me escuchaste? —bufó sin oponer resistencia.

—Lo hice, pero no puedo pensar en dos cosas a la vez.

Aunque la casa no tenía segundo piso, la altura desde la ventana al patio era importante, pero —y aunque mi racionalidad me decía que lo que iba a hacer era estúpido y peligroso— la adrenalina que el peligro enfundaba no me hizo pensar con la cabeza. Saltamos cayendo estrepitosamente y levantándonos adoloridos para escondernos al otro lado de la casa.

—Quédate ahí —murmuré, dejándola contra el muro mientras la cubría con el cuerpo—. Si esto ayuda a que no sienta tu olor, aunque sea momentáneo, nos da tiempo para pensar en algo más.

En silencio, Muriel se quedó inmóvil, sujetando con fuerza mis ropas y aspirando mi olor. Quedé pasmado colocando ambos puños sobre el muro, alrededor de su cabeza, evitando tocarla y tensando la mandíbula cuando me acercó.

—¿Ahora me crees? —susurró con la cabeza enterrada en mi pecho.

—¿Me preguntas eso ahora?

—Sí.

—¿Qué crees tu? —murmuré bajando la mirada, buscando sus ojos en la oscuridad que había entre los dos.

El gruñido de un animal nos dejó paralizados, mientras oíamos cómo olfateaba sin llegar hasta nosotros. Y me acerqué por el muro hasta lograr verlo: una criatura de baja estatura, con enormes patas y el aspecto de un hombre, con un sombrero cónico hecho, al parecer, de plantas. Se alejó calle abajo, guiado por la luz de la luna, probablemente hasta la casa de Muriel.

—Dime cómo es que eso te está persiguiendo —dije volviendo a verla.

—Fui al bosque —tragó saliva—, sin que mamá lo supiera.

—¿A qué fuiste?

—Mama Ilse me contó la leyenda y, aunque no lo creas, era tan escéptica como tú. Fui porque la curiosidad fue más fuerte. Nos encontramos una noche entre troncos huecos. Quiso lanzarme su aliento, pero alcancé a correr colina abajo. Días después, vi el excremento en la puerta de casa y desde entonces a cualquier lugar al que voy llevo mi bolsa de arena. Pero nunca lo había vuelto a ver, hasta hoy.

—Siento que estoy en un sueño —murmuré, sentándome a su lado y agarrándome la cabeza—. Se siente irreal, en Santiago esto no existe.

—En la ciudad han perdido el significado de la naturaleza; lo que nos da y lo que nos pide.

—¿Dices que te está pidiendo a ti?

—O quizás pide liberarse de eso que nos hace mal.

—¿Sabes cómo liberarte de él?

—Sí. Lo que hiciste hace un rato, impregnándome de tu olor, funcionó, pero no por mucho tiempo. Sé también que al Trauco no le gustan las mujeres sucias, pero ir al bosque y presentarme frente a él, mugrienta como dice la leyenda, siempre ha sido imposible para mí en todo este tiempo.

—Creo haber leído algo más... —murmuré sacando mi teléfono del bolsillo—. Maldito 3G.

—Gracias —Muriel bajó la mirada—. Por estar aquí, y creerme.

El pequeño caos que tenía en la cabeza desapareció en cuanto la oí hablar.

—¿Sabes? Esperaba ansiosa que llegaras.

No fui capaz de mirarla mientras una leve sonrisa se asomaba a un costado de mis labios. También estaba ansioso por conocerla. Mi madre hablaba de Muriel a diario, formándose en mi cabeza una idea sobre ella, que era una

de las razones por las que no refuté por completo el viaje hasta aquí.

— Antes de que mama Ilse enfermara, siempre hablaba de ti — murmuró.

— ¿Sí? — afirmó moviendo con suavidad la cabeza.

— Una vez, cuando me dijo que eras un príncipe, obviamente no le creí.

— ¡Hey!

— Pero, aunque no eres un príncipe ni yo una princesa, me salvaste y tengo que darte las gracias por eso.

— En casa también hablaban mucho de ti. Así que, para ambos, esta no es la primera vez que nos conocemos.

— Como la leyenda del hilo rojo.

— ¿Otra leyenda? — reí.

— ¿Qué acaso lo único que lees es matemática y programación?

— En efecto — murmuré viéndola a los ojos y dejándola en silencio por varios segundos.

Que supiese ese tipo de cosas sobre mí hizo que un cosquilleo me recorriera la nuca.

— Sobre la leyenda — dijo, desviando la mirada—. Las almas que están destinadas a estar juntas, llevan atado un hilo rojo alrededor del tobillo o en el dedo meñique. El hilo rojo se puede estirar, contraer o enredar, pero nunca romper.

En silencio, dejé que continuara.

—Sólo lo digo como una metáfora —rio—, a pesar de que han sido diez largos años desde que sé de ti, y sin contar los kilómetros que nos separaban, podría habernos sucedido tantas cosas que evitaran este encuentro, pero estamos aquí, ahora, juntos.

—No sé si podría considerarla como una metáfora.

—¿Cómo lo considerarías tú?

—Es una leyenda de amor, ¿no?

Rio mientras negaba suavemente con la cabeza y, abrazándose ambas piernas, recostó su frente sobre las rodillas e inspiró aire con fuerza antes de seguir hablando.

—No creo que seas un idiota, perdón por decirte eso antes.

—Oh, gracias.

—¿Crees... que ya se haya dado cuenta que no estoy en casa?

—No lo sé; por lo que leí puede dar pasos largos. ¿Qué tan lejos está tu casa?

—Varias cuerdas abajo.

Sin decir nada, me quité el pelerón que llevaba puesto y lo dejé sobre sus hombros.

—Sigamos usando esta opción mientras sigue cargando el 3G —desviando mi atención al teléfono, pregunté

sin mirarla—. ¿Cómo has podido aguantar todos estos años el desprecio de tus compañeros?

—Esperaba que llegaras tú.

—Fueron tantos años Muriel, pudiste llamar, escribirme.

—El destino es sabio, Simón. Creo en todo esto.

Suspirando, la página de internet cargó por completo y comencé a buscar el párrafo que buscábamos.

—¿Qué es el *pahuedún*? —dije frunciendo el ceño—. Hoy me dijeron que me iba a matar con eso si me acercaba a ti.

—Es su bastón, lo lleva siempre y a todas partes, también tiene un hacha de piedra.

—Aquí dice que se deben dar golpes o azotes al *pahuedún*, lo que afectaría su poder. También dice que colocar excrementos en el cuerpo femenino lo alejaría y ya no codiciaría a su enamorada. ¿Es en serio?

—Sí.

—¿Serías capaz de hacerlo si vamos juntos?

—Cualquier cosa —dijo firme y segura.

Incorporándonos, caminamos colina arriba hasta llegar al borde de los árboles del bosque. El plan sería cazarlo en su propio hábitat mientras buscásemos excremento animal en algún lugar, teniendo cuidado de no encontrarnos el suyo. Nos tomamos de las manos y comenzamos a cami-

nar. Los dedos de Muriel estaban fríos y no dejaba de moverlos.

—No quiero que te pase nada malo —susurró.

—Tranquila.

—Cuando lo encontremos, por favor no lo mires a los ojos, puede quebrarte los huesos con sólo mirarte.

Suspiré pensando que este día, cuando salí a clases, nunca imaginé que estaría en aquella situación. Mi raciocinio estaba hecho un caos y por momentos empezaba a creer que estaba dentro de un videojuego.

—Los animales suelen adentrarse en el bosque más que en la periferia —murmuré desviándonos del camino.

De pronto, como el galope de un animal, el bullicio a nuestras espaldas nos hizo correr sin tener claro hacia donde íbamos. Nos soltamos de las manos sin darnos cuenta, mientras escuchábamos las respiraciones agitadas del otro, alejadas, separadas. Varios troncos en el suelo comenzaron a distanciarnos, esquivándolos sin dejar de correr, mientras veía de soslayo el cuerpo de Muriel al otro extremo.

Y de pronto, Muriel desapareció de mi vista.

Me detuve de golpe, sin voltearme. El ruido inequívoco de un enorme bastón arrastrándose en el suelo me decía que el momento había llegado. Algunos troncos empezaron a caer a los lados, debiendo cubrirme la cabeza,

mientras los derribaba con el hacha de piedra en un escape de furia y celos.

El Trauco ahora me quería a mí antes que a Muriel; quería matarme, quebrarme los huesos por haberme metido entre ella y él.

Entre el caos y el polvo en el aire, me arrastré tras algunos troncos en el suelo, pensando la forma de derribarlo sin tener que verlo a los ojos y coger el *pahueldún* para destruirlo. Él era rápido y grande, además de que fantásticamente hacía magia. *Simón, ¡magia!*

Debía verlo de frente para saber cuáles eran sus movimientos, y qué tan torpe podría ser. Al levantarme, quedamos a una distancia de algunos metros que podrían ayudarme a ganar algo de tiempo. Comenzó a acercarse sin alzar demasiado las patas del suelo, que no tenían talones ni dedos, siempre arrastrando el bastón.

Volviendo a ocultarme tras los troncos, avancé hasta uno de los árboles mientras lo escuchaba gemir de furia, avanzando varios pasos más con la pura intención de acabar conmigo. Rodeando el enorme tronco del árbol, pude ver su espalda. Llevaba cruzado y amarrado un trozo de planta seca que sujetaba el hacha de piedra que llevaba frente al pecho. No pensé mucho las consecuencias de lo que estaba a punto de hacer cuando me lancé sobre él, rompiendo con los dientes el trozo de planta cruzado,

dejando caer el arma bajo sus enormes patas deformes. En su desconcierto, cogí el hacha entre las manos y golpeé sin éxito el *pahueldún*, que salía disparado frente a sus pies.

—Maldición —gruñí entre dientes.

Retrocediendo, y sin dejar de ver el movimiento de sus patas, sujetando el hacha con ambas manos, sentí de un momento a otro su cuerpo pesado sobre el mío. Desvié la mirada a un punto fijo del árbol mientras que, con el filo del hacha, intentaba quitármelo de encima y, de paso, partir el bastón en dos, pero era tan pesado que en cualquier momento iba a tener que ceder. No quería imaginar que pudiese hacerle daño a Muriel si yo me rendía, e intenté aguantar mientras gritaba sacando fuerzas de cada músculo de mi cuerpo.

—¡Animal apestoso, déjalo en paz!

La voz de Muriel tras su lomo me hizo sacar más fuerzas al mismo tiempo que le embarraba la cara con estiércol. Volteándose a verla, la encontró completamente cubierta de excremento, debiendo retroceder varios pasos para engullir la impresión de que su amada estuviese en tales condiciones. Y mientras lo hacía, cogí el hacha y partí en dos mitades el *pahueldún*, haciéndolo caer también a él al suelo como si fuese un juguete al que de pronto le hubiesen quitado la batería.

—Simón —dijo Muriel pasando sobre el cuerpo sin vida—. ¿Estás bien?

El silencio que reinó el bosque era distinto a otros; este parecía ser uno de los mejores.

—Eres libre —dije levantándome del suelo y dejando el hacha de piedra a un lado, mientras me tapaba la nariz—. Y estás completamente impregnada en excremento.



Aún quedaban horas para que el amanecer llegara y con Muriel bajamos hasta la playa. La luna de esa noche era inmensa, recordándome que en Santiago nunca la había visto igual. Mientras la veía, mi cabeza procesaba lo que había pasado. La fantasía estaba dentro de mis ideas sólo para juegos digitales, pero esto superaba con creces la ficción. No sabía si sería una buena idea contárselo a Nico; de seguro me llamaría “*chalado*” sin tener que decírmelo a la cara, y se burlaría de por vida de mí, igual como lo hubiese hecho yo días atrás.

—Queda poco para el amanecer —dijo Muriel, sentándose a mi lado, completamente empapada—. Aún siento el olor a estiércol en la nariz.

Acerqué mi nariz tras la piel de su oreja y noté como se crispaban sus hombros, mientras se encorvaba sin dejar de abrazar sus piernas.

—Sólo siento tu olor —murmuré sin alejarme.

—Simón...

Me alejé sólo para verla a los ojos, mientras quitaba uno que otro cabello mojado de sus mejillas, que ahora se volvían carmesí sin estar en el calor de la cocina a leña. Dejé caer mi frente sobre la suya, mientras ambos cerrábamos los ojos.

—Me gustaría contarle lo que pasó a mama Ilse —murmuré, dejando que su aliento chocara con mis labios. Me mantuve en silencio dejándola continuar—. Sé que crees que es tonto, y que probablemente ella no entendería nada, pero en el fondo, siento que debo hacerlo y que, en algún punto, su antigua yo me escuchará.

—A estas alturas, creo en todo lo que digas.

Rio mostrándome la sonrisa más hermosa que nunca había imaginado. Con la intención de incorporarse, la sujeté del brazo.

—Pero antes —murmuré, acercándola y dándole un beso que duró incluso hasta el amanecer, por todo el tiempo pasado, y la libertad de una leyenda de diez años.





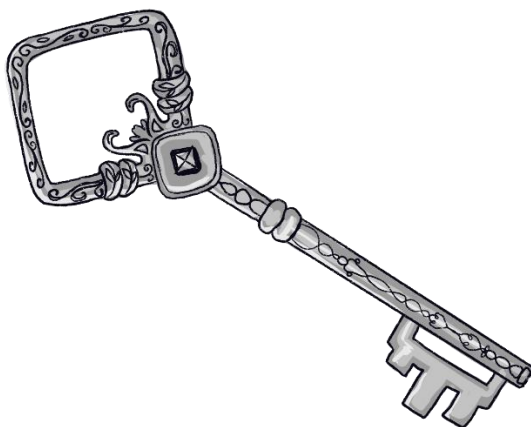
Nunca me he considerado una mujer de ciencia, pero esto no ha evitado que llegue al común cuestionamiento: ¿nuestra realidad es real?



“La vida es un sueño”, “somos un cruce de realidades”, “lo que nos rodea es una simulación”. Podríamos llenar esta página y más de las ideas que constantemente nos persiguen y es probable que no estemos cerca de llegar a la verdad... si es que esta realmente existe.



*Esta segunda entrega de ABRAXAS termina con **La llave**, escrito por M. Y. Rogers. Tal vez puedas encontrar en esta breve historia el mismo cuestionamiento, además de una posible respuesta... o el inicio de ella.*



LA LLAVE
M. Y. ROGERS



M. Y. ROGERS

Nacido en la ciudad de La Serena, Chile, en 1990.

Ingeniero en Acuicultura, músico y escritor. Comenzó escribiendo un relato de ciencia ficción que luego le abrió las puertas de la literatura. En el año 2021 publica “La Fiesta del Ocaso”, su primer libro, en el cual recopila ocho cuentos de terror y horror folclórico (comúnmente llamadas penaduras).

Actualmente prepara la publicación de su primera novela, donde se adentrará en la ciencia ficción y la fantasía.

LA LLAVE

¿Te ha pasado que a veces no sabes por qué haces lo que haces? ¿Por qué vives de la forma en que vives? O simplemente, ¿por qué eres y actúas así, cuestionando de manera inconsciente tu propio mundo? Algunos lo llaman “un momento de desconexión”, en donde nuestra mente queda en blanco y, por un segundo, perdemos la noción del tiempo y nos preguntamos: ¿Qué estaba haciendo? ¿Para dónde iba? ¿Y yo qué venía a buscar?

Siempre que nos sucede decimos que somos distraídos o despistados y lo tomamos con naturalidad, pero ¿qué pensarías si te dijera que esos momentos son, precisamente, los auténticos estados de lucidez? Que en ese instante es cuando nos conectamos de manera fugaz a nuestro verdadero yo albergado fuera de esta realidad y que esa es *la llave* que nos concede cruzar *Las Puertas del Conocimiento Infinito*, las cuales hacen posible acceder al *todo*, permitiéndonos manipular la existencia a nuestro antojo.

Aunque no me creas, eso es lo que descubrí aquel día cuando sentí que nada de esto era real y es, justamente, lo que te voy a contar ahora...

Siempre me consideré una persona ordinaria, sin talentos sobresalientes ni nada que pudiera llamar la atención. Mis calificaciones en el colegio y la universidad fueron promedio. Aprendí a tocar un par de instrumentos musicales que manejaba de buena forma, no destaqué en ningún deporte, pero sí tenía una rara facilidad para ganar las peleas en las que me metía. No es que fuera un busca pleitos ni nada por el estilo, pero en los años de enseñanza básica asistí a un colegio un tanto “riesgoso” en donde, en los recreos, se imponía la ley del más fuerte. Se dice que los niños son crueles, pero allí esa frase se cumplía a cabalidad y, poco a poco, entre peleas que duraban solo unos cuantos intercambios de golpes, fui ganándome el respeto y perdiendo el miedo a enfrentar a los demás.

Esto hizo que en los años venideros tuviera bastante confianza en mí, la que se veía reflejada en como actuaba y en el trato que daba y recibía de las personas. Formé lazos de amistad muy buenos, llenos de camaradería y confianza. La relación con mi familia también era buena; una madre y una hermana mayor que siempre estaban presentes y dieron su apoyo en todo momento. Fue por

eso que no pude explicarme, en ese instante, el por qué comencé a sentirme así.

Tenía veintiséis años de edad, había terminado la universidad tan solo un par de años atrás y aún no lograba encontrar un trabajo estable relacionado con mi área profesional, es por esto que me dedicaba a hacer pequeñas labores o trabajos que solo duraban un par de días, los cuales no me daban la estabilidad financiera suficiente como para mantenerme por mí mismo y, por esta razón, aún vivía en la casa de mi madre.

Si bien me decía que las cosas estaban tranquilas y que pronto llagaría una oportunidad que me permitiría emigrar y valérmelas solo, el tiempo fue pasando y las dudas, la angustia y la decepción se fueron apoderando de mí. A diario mostraba una cara alegre y fortaleza en mis palabras y acciones, las que hacían creer a las demás personas que todo estaba bien conmigo, pero por dentro cada vez me sentía peor. Comencé a creer que era un fracasado y que todo lo que había hecho y el tiempo que había estudiado fueron en vano. Sentía que no tenía nada estable, nada a que aferrarme. Que seguía por inercia en esa existencia vacía y falsa.

Cada vez salía menos, me alejé de gran parte de mis amistades y familiares, y poco a poco los pensamientos autodestructivos comenzaron a emerger: ¿Qué pasaría si

ya no estuviera? ¿Le importo a alguien? No aportó nada, así que, ¿quién me extrañaría?

El dolor físico se manifestó poco tiempo después. Empezó en los hombros, los que se sentían cada día más pesados, luego se expandió a la espalda y el pecho. Opresión y dolor punzante que duraba un par de minutos, pero que se presentaban con regularidad durante todo el día. Hormigueo en manos, pies, cabeza y la sensación de que todo el mundo se me venía encima fueron una constante en aquel punto de mi vida. Suena raro, pero le temía al miedo, me asustaba cuando en mi mente aparecían esos pensamientos de desolación y, por esto mismo, no le dije nada a nadie.

No quería que ninguna persona me diera su punto de vista sin comprender cómo me sentía ni mucho menos sentir lo que yo sentía.

Recuerdo despertar una noche con una sensación rara en todo el cuerpo, era como si mi corazón se acelerara sin hacerlo. Sentí que mis hombros se alejaban, como si algo me los estuviera arrancando sin dolor, que todo me asfixiaba y que me encontraba a punto de morir. Creí que estaba sufriendo un infarto y que mi vida se acababa ahí, solo, en mi cama, a las tres de la madrugada.

Cuentan que cuando nos enfrentamos a la muerte sale nuestro verdadero ser, nuestra verdadera personalidad y

nuestros reales pensamientos, y en ese instante, en lo único que pude pensar fue en el rostro de mi madre y en que ella no sufriera por mi partida. A los pocos minutos la sensación desapareció y todo quedó tranquilo.

De inmediato busqué en internet, anotando los síntomas y leyendo cualquier cosa que pudiera explicar lo que me había sucedido. Llegué a la conclusión de que había sufrido un ataque de pánico, pero aun así no se lo dije nadie.

Los días siguientes fueron peores, tenía pavor de entrar a mi pieza y cerrar la puerta para dormir y el solo hecho de estirarme en mi cama me ponía nervioso. Ya no quería más. No quería seguir sintiéndome así y no veía salida en ningún lado, no importaba a donde iba o con quien hablara, ya todo era oscuro.

Una tarde me senté en uno de los sillones del *living* mientras mi madre preparaba el almuerzo y me quedé mirando la nada con la mente en blanco, solo existiendo, solo ocupando espacio y oxígeno de este mundo. Sin percatarme mi madre se acercó y se paró frente a mí.

—¿Qué pasa, mi niño? —preguntó preocupada, sujetando mi hombro derecho—. Hace tiempo que estás raro, no creas que no lo he notado. Eres mi bebé y sé cuándo algo te aflige.

Su voz sonaba cariñosa, pero triste.

Yo ni siquiera levanté la mirada. No tuve el valor de verla a los ojos y, por unos cuantos segundos, permanecí en silencio.

—Ya no quiero nada —respondí, sin ánimo.

Inmediatamente ella me abrazó con fuerza, apoyándose contra su pecho, protegiéndome como cuando era un bebé y todavía cabía entre sus brazos.

—Yo no quiero verte así, no quiero verte sufrir. No sé qué te pasó, pero dímelo. Yo estoy aquí para apoyarte. —Sus lágrimas brotaron y su voz se quebró—. No quiero llegar un día y ver que te hiciste daño a ti mismo, mi corazón no lo soportaría.

No se lo dije, pero ya lo había pensado. Creía que la muerte era una buena salida, el final de toda la mierda que conformaba al mundo en el cual estaba metido.

—Por favor, sé fuerte. Yo te amo desde el primer momento en que te sentí en mi pancita y te voy a amar hasta el día en que ya no pueda hacerlo, pero, por favor, sé fuerte.

Esas palabras fueron algo a lo que pude aferrarme. Sentí que una luz iluminaba el fondo del hoyo en donde me encontraba y la cálida mano de mi madre me tomaba y me sacaba lentamente de allí. Tras esto, por fin pude levantar mis brazos y abrazarla, darle gracias sin decir palabra al-

guna, sin sonidos, sin gestos, solamente un abrazo lleno de amor.

Los días siguientes fueron más llevaderos, las cosas se veían de otra manera y mi ánimo fue subiendo mientras pasaban las semanas. El miedo constante de hacer cosas comunes fue desapareciendo y lentamente volví a ser el de siempre. Pude reunirme con mis amistades y nuevamente asistí a las reuniones familiares. Descubrí que me hacía bien compartir, reír, hablar o simplemente estar al lado de las personas que estimaba, pero solamente a mis amigas más cercanas les comenté lo que me había sucedido y cómo me había sentido durante los meses pasados. Ellas me escucharon y comprendieron, brindaron su apoyo y me motivaron cada día a salir y hacer cosas nuevas.

Todo parecía brillar, la vida era alegre y me sentía feliz. Íbamos a caminar a la playa, salíamos a bailar, nos quedábamos conversando hasta tarde y, de vez en cuando, nos embriagábamos juntos. Me sentía de maravilla, hacía deporte y cuidaba de mí, creía que todo estaba saliendo como quería y que ya no volvería caer tan bajo, pero todo cambió ese día cuando “eso” ocurrió.

Tengo tan grabado ese momento que recuerdo cada detalle de lo que hice y, por sobre todo, cada sensación que tuve cuando vi, por primera vez, la verdad.

Terminaba de hacer mi rutina de deporte diaria y me preparaba para meterme a la ducha. Mi cuerpo se sentía liviano por los ejercicios de estiramiento que había realizado al final y estaba entusiasmado porque me reuniría con una chica bastante especial: una amiga de la infancia a quien volví a encontrar en uno de los tantos paseos que había dado a la playa en ese último tiempo.

Recuerdo que el agua caliente comenzó a mojar mi cuerpo y me quedé quieto con los ojos cerrados, disfrutando esa agradable sensación. El agua caía contra mi nuca y corría hacia abajo, lavando mis hombros, espalda y piernas. Agradecí por sentirme así y esbocé una sonrisa, pero cuando abrí los ojos no entendí lo que pasaba. Sabía dónde estaba, conocía todo lo que me rodeaba y por qué estaba ahí. El agua aún mojaba mi cuerpo y la ducha era exactamente igual a como era cuando cerré los ojos, pero, por alguna extraña razón, estaba completamente seguro de que todo era falso. Que mi vida hasta ese momento era una mentira en todos los aspectos, una realidad artificial que me tenía atrapado y no me permitía volver al lugar al que realmente pertenecía.

Me aterraé por la abrumadora verdad que tenía frente a mis ojos, sabiendo que esa no era mi vida, que mi madre no era mi madre, que las relaciones que había formado tampoco existían, que todo lo que había vivido no era real

y que ni siquiera mi cuerpo me pertenecía. Respiraba con agitación mirando lo que me rodeaba, tratando de encontrar una manera de escapar, pero luego de unos segundos todo volvió a la normalidad y la sensación desapareció.

Como es de suponer, no me quedé tranquilo después de experimentar eso. ¿Qué me acababa de ocurrir? No encontraba respuestas lógicas. Psicosis, esquizofrenia, locura. Esas alternativas eran lo único que se me ocurría para que mi mente hubiese tenido ese lapsus en donde cuestioné mi propia realidad.

Estuve a punto de cancelar la cita con mi amiga, pero decidí ir de todas maneras, ya que pensé que quedarme encerrado en casa no serviría de nada, pero salir y distraer la mente podría ayudarme a dejar de darle vueltas a ese extraño suceso.

Cuando llegué al lugar acordado ella ya estaba allí, sonrió al verme y yo no podía despegar la vista de su rostro. Instantáneamente viajé al pasado, a esa época en la que mi única preocupación era saber a qué hora terminaban las clases para llegar a mi casa, cambiarme de ropa y salir a jugar a la pelota con mis amigos y verla, ya que ella era la hermana mayor de uno de los chicos de mi grupo y siempre nos acompañaba.

—Llegas tarde —dijo, con una enorme sonrisa—. Pensé que me habías dejado plantada.

Su pelo castaño estaba peinado hacia el costado izquierdo y el poco maquillaje que usaba resaltaba aún más su belleza natural. Llevaba un vestido amarillo bajo una chaqueta de mezclilla y usaba zapatillas blancas. Yo estaba embobado.

—Me atrasé en la ducha —aclaré enseguida—. Hice bastante deporte y el agua caliente me relajó más de la cuenta.

—Voy a creerte —comentó de forma coqueta.

Nos fuimos a un bar y conversamos por horas, riendo, bebiendo y recordando los viejos tiempos, cuando nos juntábamos en las noches de los fines de semana con todo el grupo, cuatro niñas y cinco niños de una edad similar a excepción de su hermano y otro chico más, los cuales eran menores por unos tres o cuatro años.

—Todavía tienes la cicatriz —me dijo, cuando yo cubría mi mano derecha con la izquierda—. Discúlpame, por favor —pidió con una voz triste.

—No tienes por qué disculparte —comenté, quitándole importancia—. Han pasado más de diez años desde eso.

—Lo sé, pero yo me caí a ese hoyo por distraída y tú solo tratabas de sacarme de ahí cuando esa roca te cortó.

—Ya, tranquila. Es como una herida de guerra que me hice por salvar a mi reina cuando me necesitaba —dije de forma varonil, creyéndome un caballero.

—¿Sabes que fuiste mi primer beso? —preguntó Paz, mirándome a los ojos con una sonrisa—. Que hicieras ese tipo de cosas por mí me convenció de que fueras tú.

—No te creo —respondí—. Eras muy coqueta y había un montón de niños que te seguían —le comenté burlándome.

—¡Teníamos doce años! No era coqueta, era mi forma natural de ser —dijo riendo—. Y todavía lo es.

—Me di cuenta —agregué de inmediato—. Pero me alegra que no hayas cambiado esa parte de ti.

—Y a mí me alegra que sigas tan dulce como siempre, Benjamín —me dijo, cuando tocaba mi mano y rozaba con sus finos dedos la cicatriz.

Las horas pasaron y la velada terminó. Acordamos volver a vernos y no perder contacto. Yo estaba muy emocionado, ya que todo había salido de maravilla y si las cosas seguían su curso, esta podría ser una oportunidad única para retomar ese antiguo amor.

Cuando éramos niños, Paz vivía muy cerca de mi casa y a diario nos veíamos. Ella fue quien se presentó a sí misma cuando nos conocimos a los nueve años de edad y desde ese día no pude sacarla de mi mente. Se convirtió en mi primer amor y fue la primera chica a la que besé, pero cuando teníamos quince años su familia se mudó a otra ciudad y perdí todo contacto con ella. Y si bien después

tuve otras novias durante la adolescencia y también en la universidad, jamás pude olvidarla del todo. Por este motivo, encontrarnos por casualidad y reunirnos era algo mágico para mí.



Durante los días siguientes me dediqué a leer todo lo que estuviera relacionado con trastornos psicológicos que alteraran la percepción de la realidad y cualquier cosa que arrojará pistas de lo que me había sucedido en la ducha y así saber si estaba sufriendo algún tipo de colapso mental.

Después de un tiempo de estudio conocí los trastornos llamados asomatognosia y somatoparafenía. En estos, los pacientes pueden negar el cuerpo como propio y tratarlo como un hijo o como otra persona o, incluso, no reconocer como propia una extremidad u otra parte del cuerpo, pero nada de esto coincidía con lo que yo había experimentado.

No es que en ese momento hubiese negado la pertenencia de mi cuerpo, sino que negué toda la realidad. No encontré nada más que se le pareciera y, pasado un tiempo, le quité importancia, ya que no volví a tener esa extraña sensación y tampoco creí que este asunto ameritara ir al médico a hacerme algún chequeo, después de todo había pasado por cuadros de estrés y ansiedad muy

fuertes y posiblemente eso hizo que mis sentidos se desordenaran aquella vez.

Tras esto volví a mi rutina habitual, nuevamente comencé con los trabajos esporádicos relacionados con mi área profesional acuícola. Ayudaba en inoculaciones de algas para repoblación, asistía a bioensayos con cultivos de peces nativos de mi zona o de interés comercial, daba una que otra charla sobre temas medioambientales que mis colegas, ex compañeros y profesores no podían dar y me las encargaban a mí, y con eso pude reunir dinero para invitar a salir a Paz y vernos más seguido.

De igual manera las cosas marchaban bastante bien con ella, nos veíamos a menudo y rápidamente la relación se encaminó hacia el lado romántico. Éramos inseparables. Ya no podíamos estar lejos por mucho tiempo y buscábamos cualquier excusa para vernos. Sentía que había vuelto a los brazos que siempre quise que me sostuvieran y a los labios que jamás debí dejar de besar. Ella vivía en un departamento a unos cuantos kilómetros de mi casa y pronto las reuniones comenzaron a ser solo ahí. Nos entendíamos tanto que podíamos pasar todo el día en la cama conversando, riendo, contando chistes y amándonos. Era la rutina perfecta, la etapa que siempre quise vivir y la cual no quería abandonar por nada del mundo.

Una de las tantas noches en las que me quedé a dormir junto a ella, soñé que estaba inmóvil en medio del cielo. El aire cálido tocaba mis mejillas mientras las nubes se movían a mí alrededor. Era una tarde dorada, con tintes anaranjados y rosas mezclados entre sí, completamente hermosa y tranquila. Lo único que se sentía en ese lugar, en esas alturas, era paz, lo cual coincidía con el nombre de la mujer que amaba.

De la nada comencé a moverme hacia adelante, avanzando a una tremenda velocidad. El estruendo del aire tapaba mis oídos y apenas podía mantener los ojos abiertos y respirar, pero no me desagradaba. Sabía iba hasta el destino más importante, sabía que me dirigía hacia la verdad. El brillo dorado del cielo se intensificó, las nubes se transformaron en colosales estructuras etéreas que parecían haber existido por siempre y no aquellos conjuntos de vapor de agua que surcan el firmamento para perderse sin dejar rastro de su paso por el mundo.

De pronto mi velocidad fue bajando. Mi avance se volvió lento y tranquilo, hasta que finalmente me detuve. El brillo que abarcaba el horizonte comenzó a concentrarse en un solo punto y toda esa luz se condesó frente a mí, convirtiéndose en una llave pequeña y brillante que se posó suavemente sobre mi mano. Su textura era suave y su peso apenas se sentía, con delicadeza apreté mi puño

aceptándola como mía y, tras esto, una puerta se materializó adelante. Por instinto me acerqué a ella y metí mi llave en la cerradura. El sonido del pestillo me indicó que podía abrirla y cuando lo hice, infinitas dimensiones aparecieron ante mí, incontables realidades y posibilidades se presentaron a mi alcance, solo debía extender mi mano y elegir una, pero cuando quise hacerlo, desperté.

Al abrir los ojos la sensación me agobió de inmediato. Otra vez todo lo que me rodeaba era falso. El mundo era una mentira, una maqueta armada por alguien o algo que quería mostrarme esa realidad o tal vez no. ¿Y si esta era solo una de las tantas realidades que vi tras la puerta? ¿Solo una posibilidad entre infinitas que se manifestaba frente a mí por mis propias decisiones?

Me puse de pie y me dirigí al baño con la sensación abrumadora todavía sofocándome, diciéndome que escapara, que saliera lo antes posible del encierro. Me paré frente al pequeño espejo del baño y miré mi reflejo, inhalando y exhalando por la boca y en ese momento lo vi. El brillo de la llave aún estaba en la palma de mi mano izquierda, pero no podía verlo directamente, sino que solo era visible a través del espejo. ¿Qué significaba? ¿Cómo era posible que algo que había visto en mis sueños estuviera presente en la realidad? Nuevamente cuestioné todo. ¿Y si esto no es la realidad? Después reformulé la pre-

gunta. ¿Y si esta no es la *única* realidad? Algo me decía que estaba en lo correcto y que, cuando atravesé esa puerta pude conectarme con algo más grande, pero... ¿cómo podía usar esto?

Tenía la certeza de que la realidad en la que me encontraba no era la única y que existían más, entonces, ¿sería posible cambiar cosas de una a la otra? Con la llave abrí la puerta y todo lo que vi estaba a mi disposición, solo tenía que estirar mi mano para traerlo a mí y materializarlo en mi mundo.

En ese instante bajé la mirada y mis ojos se posaron sobre la cicatriz de mi mano derecha. Sin dudarlo posé mi mano izquierda sobre la marca cubriéndola por completo y pensé: “Si todo lo que conforma mi mundo es solo una posibilidad, está herida también lo es. No existe en el *todo* y es solo una probabilidad de mi existencia”.

Lentamente retiré mi mano y cuando miré, la cicatriz ya no estaba. Sorprendido traté de ahogar mis jadeos mientras respiraba con agitación, ya que con un pensamiento mi realidad cambió y mi mente se sobrepuso a mi materia. Incrédulo, comencé a imaginar todo lo que podría hacer con este nuevo don, este conocimiento de negar lo tangible y entender que las opciones que tenía eran infinitas.

De alguna manera había obtenido *la llave* para moldear la realidad y sin dudarlo la usaría a mi favor.

De pronto mi teléfono comenzó a sonar muy fuerte, como si de un escándalo se tratase y su timbre estuviera conectado a un parlante. Me asomé con premura desde el baño y el teléfono no dejaba de sonar sobre el velador, pero lo más extraño fue que Paz no despertó con el estruendo.

Lleno de dudas me acerqué y tomé el celular para contestar, sin embargo, en la pantalla no aparecía ningún nombre ni número, en vez de eso esta se encontraba repleta de códigos y símbolos raros que jamás había visto y su vibración se hacía cada vez más fuerte en mi mano, al punto de ser casi insostenible. Sujetándolo con todas mis fuerzas intenté deslizar el dedo sobre la pantalla y, como pude, contesté.

—Señor Benjamín, buenos días —dijo una mujer de voz alegre.

—¿Con quién hablo? —pregunté.

—Eso no importa —dijo ella—. En estos momentos solo importa lo que usted ha traído a esta realidad y brilla en su mano a través del espejo. Borrar esa cicatriz fue algo muy infantil, en comparación a todo lo que puede hacer esa pequeña cosita.

Me quedé perplejo. ¿Seguía soñando? ¿Cómo era posible que esta chica supiera esto que me acababa de ocurrir?

—¿A qué te refieres? —interrogué con la voz llena de dudas y temor.

—A la llave. Me refiero la llave, señor Benjamín.

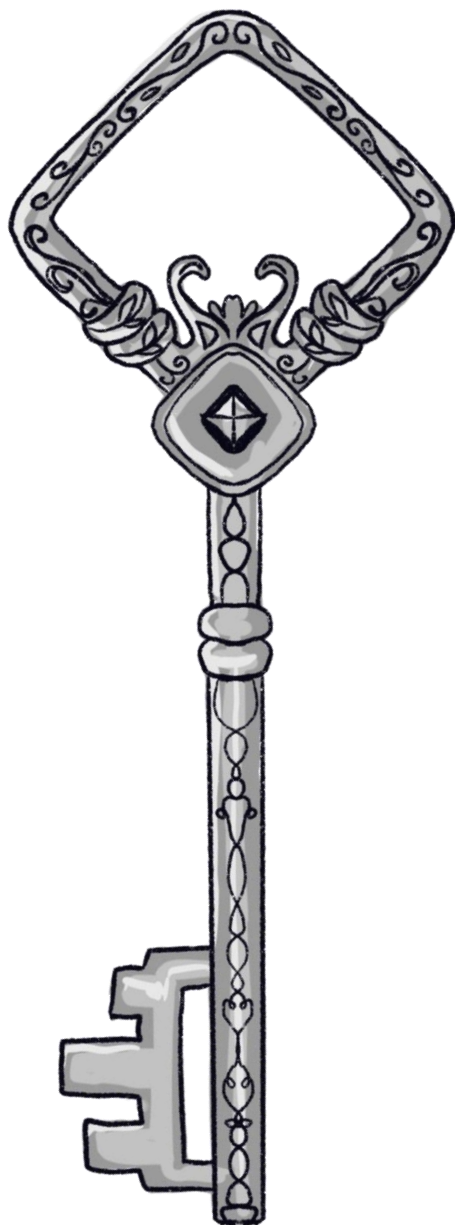
Un silencio ensordecedor se apodero del mundo. Un segundo eterno que se manifestó en mi mente haciendo parecer que el tiempo se detenía.

—No sé de qué hablas —le dije lentamente.

—No se haga el tonto, señor Benjamín. Ha llamado la atención de muchos y, al poseer una llave, usted se ha convertido en un *Sereno*... al igual que los otros. Desde ahora está en el juego. Es un participante más para poseer las demás llaves, así que cuídese, porque a partir hoy es un cazador y también una presa —dijo la chica, de manera juguetona—. Sin más que agregar me despido deseándole la mejor de las suertes y, si tiene éxito en llegar aquí, sería un placer conocerlo en persona y explicarle en detalle todo esto, pero creo que lo descubrirá casi todo en el camino. Así que adiós y que se le abran muchas puertas.

Tras esto, la chica colgó y la llamada finalizó. No tenía idea qué cosa estaba sucediendo, pero ella lo sabía. Sabía que poseía una llave y que la había usado para cambiar mi cuerpo. Hacía menos de tres minutos creía que podría moldear la realidad a mi favor, pero ahora, si las cosas eran como esa chica decía, esos tales "*serenos*" tratarían de apoderarse de mi llave. Un profundo miedo me invadió, ya

nada parecía seguro y no tenía idea de cómo actuar de ahora en adelante, sin embargo, solo una cosa era clara en toda esta abrumadora realidad: ellos vendrían por mí.



AGRADECIMIENTOS

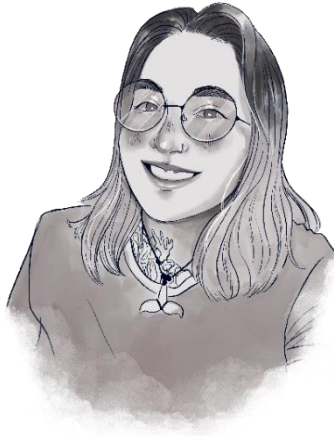
En esta entrega hemos tenido la dicha de contar con la participación de talentosos artistas que han aportado a esta obra con su gran talento, es por eso que agradecemos profundamente a Natalia P. Órdenes, M. Y. Rogers, Miguel O'Brego, Valeria Lara A., Samuel Wandersleben y Noelia Araya Yueng por haber aceptado formar parte de este proyecto desde sus cimientos.

A nuestros talentosos ilustradores, quienes colaboraron con su amabilidad, talento y, como siempre, buena disposición. Sin los dones de Alexis Collao, Riiyuu Art y Amonite Art, *ABRAXAS I* no habría sido posible.

A la memoria de Daniel Valenzuela, gracias a quien gran parte de este proyecto pudo ser financiado.

A Luca, por ser testigo del nacimiento de este proyecto.

Finalmente, a nuestros lectores, aquellas mentes que se han sumergido en estas páginas por motivos tan variados como desconocidos. Esta antología es para ustedes.



ZAHORÍ BALMACEDA

Cineasta, guionista, crítica, creadora de contenido, editora y escritora nacida el 6 de noviembre de 1996 en Santiago, Chile. Amante del conocimiento, los animales y el cine.

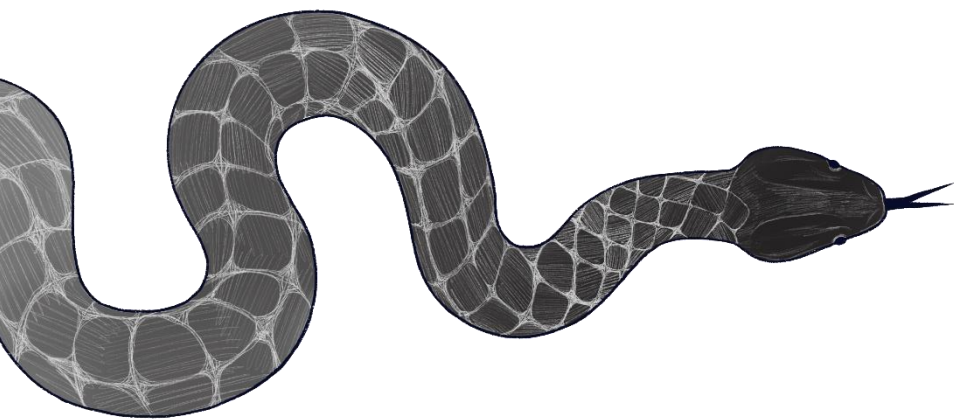
Autora de “Saoirse” (2019), “Little Sadie” (2020) y “Ganimedes” (2021), siendo estas dos últimas obras acreedoras de mención honrosa en los International Latino Book Awards.

Sus relatos breves participan en las antologías *Voces en Sintonía*, *Akta Gamat*, *Tras la Huella de Marie Rogét* y *Love Story*.

Actualmente incursiona en el cine animado con varios proyectos audiovisuales en preproducción.

Paralelamente ha creado la saga antológica *ABRAXAS*.





@antologia_abraxas

